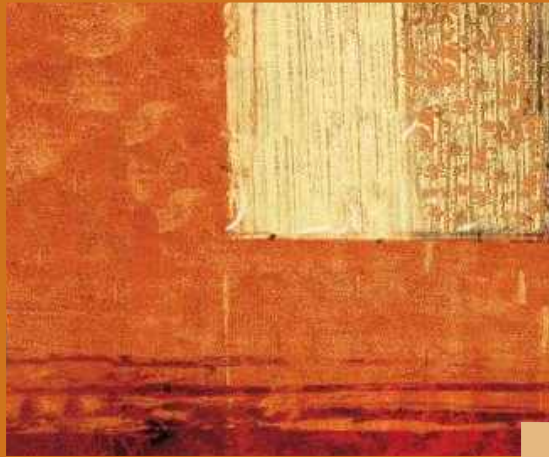




El pensamiento socialista

Jornadas de pensamiento político peruano



El pensamiento socialista

Jornadas de pensamiento político peruano



El pensamiento socialista

Jornadas de pensamiento político peruano

El pensamiento socialista
Jornadas de pensamiento político peruano

© Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral (IDEA Internacional) 2009

Las publicaciones de IDEA Internacional no son reflejo de un interés específico nacional o político. Las opiniones expresadas en esta publicación no representan necesariamente los puntos de vista de IDEA Internacional, de su junta directiva o de los miembros de su consejo.

Toda solicitud de permisos para usar o traducir toda o alguna parte de esta publicación debe hacerse a:

IDEA Internacional	IDEA Internacional
Strömsborg SE-103 34	Oficina Región Andina
Estocolmo	Calle Coronel Andrés Reyes 191
Suecia	San Isidro, Lima 27
Tel: +46 8 698 37 00	Perú
Fax: +46 8 20 24 22	Tel: (511) 440 4092 / 440 4093
info@idea.int	Fax: (511) 421 2055
http://www.idea.int	infoperu@idea.int

Diseño Gráfico: Ruperto Pérez-Albela
Ilustración de la carátula: *Interiores geométricos*, Domingo Yépez
Impresión: Litho & Arte SAC

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2009-14412
ISBN 978-91-85724-83-3

Impreso en Perú

Contenidos

Prólogo Rafael Roncagliolo	7
Vigencia del socialismo Rolando Breña Pantoja	9
Vigencia del pensamiento socialista Pablo Checa Ledesma	14
El socialismo hoy en el Perú Marisa Glave Remy	22
La izquierda y el marxismo: rupturas y continuidades Sinesio López Jiménez	27

Prólogo

Rafael Roncagliolo

Entre mayo y junio del 2008, el Instituto para la Democracia y la Asistencia Electoral (IDEA Internacional), con los auspicios de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y del Ministerio de Relaciones Exteriores de Noruega, organizó un evento en el Centro Cultural de España en Lima que podía parecer insólito o anacrónico: jornadas sobre el pensamiento político peruano.


En dicho evento se trató de recuperar para la agenda política peruana algunas de las principales líneas de pensamiento que han alimentado y avivado la política del país durante el siglo XX. El programa de aquel seminario incluyó las siguientes mesas:

- Pensamiento socialcristiano;
- los socialismos;
- los nacionalismos;
- el pensamiento de Haya de la Torre;
- el Perú como doctrina: pensamiento de Fernando Belaunde Terry;
- perspectivas descentralistas;
- el liberalismo;
- ideas políticas frente a los retos del siglo XXI.

Aspiramos a dar a estos testimonios y reflexiones la mayor difusión posible, tanto entre los militantes de los partidos como entre los ciudadanos en general.

Al hacerlo, ratificamos una convicción profunda: la vida política puede —y a veces tiene que— pasar por la controversia, la lucha y hasta la diatriba, pero no se debe reducir a ellas.

La política es también el terreno de la confrontación y el diálogo entre visiones distintas y opuestas del país, su pasado y su futuro. El pensamiento político, las ideas, son valores indispensables para una vida democrática plena.



Esperamos que la calidad de las exposiciones aquí reunidas contribuya a rescatar estos valores de hoy y de siempre.

El pensamiento socialista en esta oportunidad ha sido presentado por Rolando Breña Pantoja, Pablo Checa Ledesma, Marisa Glave Remy y Sinesio López Jiménez .

Rafael Roncagliolo

Asesor Político Sénior para los Países Andinos y Jefe de Misión para el Perú
IDEA Internacional

Vigencia del socialismo

Rolando Breña Pantoja

Ante la pregunta sobre si el socialismo sigue vigente, surge la tentación de responder: «Ya que el socialismo nació como una opción contra el capitalismo, y el capitalismo sigue existiendo, entonces el socialismo seguirá vigente como opción». Obviamente, es una respuesta muy simplista, no muy original y posiblemente muy débil. Para presentar una respuesta alternativa, quisiera partir de dos cuestiones fundamentales, anotadas por James Petras, que resultan trascendentales. Se trata de dos rasgos que viene arrastrando el capitalismo desde su aparición, y que no han podido ser resueltos, sino que, más bien, se han agravado. Son las claves del capitalismo que el socialismo ha cuestionado siempre, y ese cuestionamiento resulta hoy más global y totalizante, a diferencia de otros pensamientos y concepciones políticas cuyas discrepancias con el capitalismo son parciales.

Dice Petras que hoy el trabajo se ha socializado de manera extraordinaria, de tal forma que estamos ante una cadena productiva mundial en la que ya no solo el proletariado alimenta la dinámica capitalista, sino que esta es nutrida por campesinos, intelectuales, abogados, ingenieros, artistas, periodistas, militares, profesores, investigadores... Todos forman el ejército del capital. Se trata de un ejército mundial, sobre cuya base se sostiene la producción. Sin embargo, la apropiación de la riqueza creada por el trabajo de la sociedad en su conjunto se ha ido constriñendo cada vez más; de tal modo que los eslabones intermedios y menores de la cadena reciben una parte ínfima de los beneficios.

Esa es una de las contradicciones permanentes del capitalismo, que hoy se intensifica con la ayuda de la ciencia, la tecnología, la investigación, la cibernética, las comunicaciones; es decir, se ha socializado más el proceso productivo y se ha agudizado la apropiación de los frutos en cada vez menos manos.

La segunda contradicción reside en que el poder político se ha centralizado tremendamente, pero no en los partidos ni en los gobiernos, ni en los parlamentos, sino en actores no elegidos por los ciudadanos, actores que, sin pertenecer al poder político, lo manejan. La política ya no es hecha por los Estados o los gobiernos, sino por funcionarios nacionales e internacionales, tecnócratas y burócratas, financistas, todos parte o aliados de las políticas de las economías transnacionales. De tal suerte que el pueblo, que vota

cada vez que lo convocan, tiene menos control y menos poder de fiscalización sobre el poder real, porque los hacedores de la política y la economía no son parlamentarios, presidentes, alcaldes, ministros, sino un conjunto de personajes desconocidos por los electores, y ellos deciden el presente y el futuro de los pueblos. Esto quiere decir que se ha expropiado al ser humano, de manera más radical y totalitaria, la posibilidad de hacer su propia vida.

Estos dos procesos son algo así como el corazón del capitalismo y es imposible para él resolverlos en su lógica de acumulación y ganancia. Por ello, el capitalismo es insostenible en términos históricos. Se puede afirmar que está quebrado, no porque se derrumbará hoy mismo, sino porque su ciclo fenece y su mantenimiento crea cada vez más resistencia y lucha en gobiernos, países y pueblos.

Es importante destacar algunos elementos en el actual proceso neoliberal:

- a) La cuestión ideológica, cultural y educativa, que cobra carácter trascendental. Las condiciones actuales exigen del capitalismo la necesidad de introducir en las mentes de los pueblos valores reñidos con su esencia de seres humanos. Se imponen el individualismo, el utilitarismo, el pragmatismo como valores supremos. La solidaridad muere para dar paso a concepciones distorsionadoras de competencia y éxito; el espíritu gregario es reemplazado por el egoísmo. Los seres humanos son empujados a convertirse en simples sobrevivientes, en una sociedad salvaje de todos contra todos.
- b) La educación se ve como un simple proceso de formación técnica, tecnológica, práctica. No hay necesidad de pensar la educación. Ya no se enseña a pensar. El ser humano es solo una pieza fácilmente renovable en la maquinaria capitalista. Por lo tanto, son inútiles los conocimientos sobre sí mismo, sobre su historia, sus tradiciones, su territorio, su sociedad, sobre la filosofía, la lógica, la literatura, sus sueños, sus deseos... Convertido en simple instrumento, el ser humano pierde identidad, le es arrebatado el espíritu, el alma («conjunto de vivencias», dice Hume). Así también se destruye la identidad de los pueblos. Un individuo, un pueblo sin identidad y sin alma será más fácil de manipular.
- c) La cuestión ecológica. Se trata de salvar la Tierra y a sus habitantes. La lógica capitalista neoliberal produce la depredación de la naturaleza. Busca apropiarse de los recursos naturales en cualquier parte y a cualquier precio, no importa si con violencia o con guerra. El concepto de que el ser humano debe dominar y poner a su servicio la naturaleza debe ser sepultado. El ser humano debe reconocerse primero como parte de ella, por lo cual su obligación no es dominarla sino comprenderla, convivir con ella, defenderla, preservarla y desarrollarla para el

bienestar de la humanidad entera y no de un grupo minoritario de privilegiados. Su expansionismo y afán de lucro no mermarán aun cuando vean cercana la destrucción del planeta.

- d) Estos son algunos signos de la presencia capitalista neoliberal. Y si bien hay resistencias importantes, no existen cuestionamientos al capitalismo como sistema, como modo de vida, como un todo, salvo por el socialismo. El resto de concepciones ideológicas o políticas solo plantean «mejores condiciones» de adecuación a la «globalización», es decir, se adecuan al sistema bajo ciertas modificaciones.
- e) Sin embargo, el socialismo, con varias derrotas y fracasos en el morral, necesita redefinir y precisar conceptos para plantearse como alternativa:
- *La relación entre el socialismo y la democracia.* Debe demostrar que la democracia no puede ser antagónica con el socialismo; al contrario, debería ser su mejor expresión política y económica. Esta es una tarea necesaria y urgente para exorcizar el peso muerto de experiencias fallidas y los ataques de la derecha y el imperialismo.
 - *La relación entre el socialismo y el estatismo.* El socialismo no es sinónimo de estatismo, sino de pluralidad; pero teniendo un Estado conductor de la nación y con capacidad para regular la actividad económica y el mercado y retener para sí sectores imprescindibles para el desarrollo.
 - *La revaloración del mercado* cumpliendo un rol social y con mecanismos regulatorios del Estado, lejos de las concepciones neoliberales de reducir lo económico, lo político, lo social, en suma, toda la vida de las gentes a los vaivenes de un irracional, irrestricto y libérrimo mercado.
 - *La relación entre lo colectivo y lo individual.* Lo colectivo se construye de mejor manera no destruyendo lo individual sino reconociéndolo y desarrollándolo de tal suerte que su contribución enriquezca lo colectivo permanentemente.
 - *La relación socialismo-inversión extranjera.* Nuestro desarrollo debe basarse fundamentalmente en nuestras propias fuerzas y en nuestros propios recursos. La inversión extranjera es un factor esencial del desarrollo, pero se debe desechar la concepción neoliberal de basarlo exclusiva y excluyentemente en ella.
 - *La violencia.* La agitación y la violencia, en sus distintas expresiones, no son, como se afirman, solo productos de individuos o grupos violentistas, principalmente izquierdistas o marxistas, para imponer su doctrina. Ella está instalada en nuestra sociedad casi desde siempre. El Perú conoce todas sus formas: la social, la gremial, la política y la violencia armada. Hemos vivido ensayos de guerra popular de autodenominados maoístas, focos guerrilleros campesinos y urbanos, entre otros, sin olvidar los golpes de Estado. La violencia no obedece a la voluntad aislada de individuos o grupos; es impuesta por un contexto

social determinado. Es candoroso afirmar que los procesos de cambio y la formación social no deben contener violencia; en los grandes procesos de transformación social ella se expresa de una u otra forma. No basta rechazarla para que no exista, ni basta deseársela para imponerla. La violencia no es el camino de los marxistas, pero es un fenómeno que no se puede ignorar o desconocer y que debemos saber afrontar.

- *La unidad.* No es posible hablar en el Perú de una alternativa de transformación, menos con participación protagónica socialista, si previamente no se supera el histórico proceso de dispersión y división. La Izquierda Unida (IU) significó un momento breve de la ilusión unitaria. Cincuenta o sesenta años de lucha popular y política, de represiones, prisiones, asesinatos, de avances y retrocesos llevaron a la construcción de IU como un poderoso polo que aglutinó masas y vanguardias, como importantes triunfos electorales que lo acercaron a las puertas del gobierno. La crisis y desaparición de la IU, si bien influidas por el desmoronamiento del «campo socialista» y la ofensiva neoliberal y fujimorista, son consecuencia real de la debilidad, la burocratización, el sectarismo, la visión coyuntural e inmedatista, la ideologización extrema, que fueron vaciando a la IU de presencia popular, distorsionando hasta casi desaparecer su capacidad de representación política.

Hay en el socialismo numerosos documentos y análisis autocríticos mucho más fuertes y radicales que en cualquier otro partido o frente político en el Perú. Son perentorias nuevas bases para la unidad. No es la unidad de los partidos, sus militantes, sus dirigentes, que fue el esquema casi único de unidades anteriores, sino de todo el conjunto de sectores sociales, movimientos, organizaciones, colectivos e individuos que pretenden el cambio y la transformación para el país, teniendo al frente la batalla contra el capitalismo neoliberal. La unidad no es de socialistas o izquierdistas solamente; ellos deben constituir parte fundamental, deben ser el eslabón, pero no los únicos.

Obviamente, todo lo anterior exige una concepción creativa, dialéctica, realista del socialismo, rescatándolo de la cerrazón, el hermetismo, la rigidez, el dogmatismo, el sectarismo al que se lo arrinconó muchas veces. No hay aserto más certero, más actual, más obligatorio, más socialista que la frase mariateguista «No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América Latina calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida con nuestra propia realidad, con nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He ahí una misión de una generación nueva».

La politización como una cruzada nacional

El Perú necesita partidos estructurados, con ideologías, con pensamiento, con doctrina, con programas, con tácticas y estrategias; sean de izquierda, de derecha o de centro, pero partidos al fin, porque así podemos contribuir de mejor manera a construir el país que deseamos.

A veces se escuchan frases como «Hay que despolitizar el país, hay que despolitizar la universidad, hay que despolitizar las empresas, todas las instituciones». Cuando el Congreso aprobó la votación de los militares, se alzaron voces expresando que había peligro de que se politizaran los cuarteles.

Nosotros decimos: «Que se politicen los cuarteles, que se politicen las iglesias, los conventos, las escuelas, las universidades, las empresas, los sindicatos...».

¿Qué cosa es la política en el fondo? ¿La bronca con la policía, el mitin, la revuelta, la huelga? Eso no es política; son formas de lucha, que pueden formar parte de un progreso político, pueden ser discutibles, condenables o apoyables.

La politización significa solamente el proceso por el cual el individuo conoce los problemas de su comunidad, de su sociedad, de su pueblo y busca resolverlos. ¿Cómo votará, por ejemplo, un sacerdote si no sabe de política? ¿Cómo escogerá un presidente, un congresista? ¿Esperará acaso la indicación del cardenal? ¿Cómo votará un coronel, un capitán, si no sabe de política?

Tiene que existir politización; cuanto más politizado un país, menos dictadores tolerará, y escogerá mejor a sus gobernantes, sus opciones políticas. La politización debe ser, pues, una cruzada nacional.

Vigencia del pensamiento socialista

Pablo Checa Ledesma

El socialismo sigue siendo una importante corriente de pensamiento en el debate sobre la sociedad actual y la globalización. Por ello, es necesario señalar algunas de sus características, para confirmar si estamos hablando de lo mismo. En mi caso, provengo de una corriente marxista que, reconozco, no es la única en este marco de pensamiento. La idea del socialismo es continuadora de la modernidad y del humanismo, que busca hacer que el ser humano sea consciente de su emancipación. Para ello, no solo hace agitación, sino que teoriza y filosofa, analiza los problemas contemporáneos tratando de encontrar soluciones que tengan base científica, y se distingue del positivismo por su confianza en el desarrollo de la conciencia y de la voluntad transformadora de las masas. Para el socialismo, es el trabajo la actividad a través de la cual se estructura la sociedad; hay una *centralidad del trabajo* en este marco de pensamiento.

En la lógica del marxismo, de acuerdo con la ubicación y el papel que desempeñan los seres humanos en la producción, se reconocen las clases sociales, los explotados y los explotadores. Ello, incluso en un contexto distinto a nivel mundial, como el actual, es lo que explica la lucha de clases, cuyo enunciado, como sabemos, no corresponde a los marxistas, sino que existía desde antes. Baste señalar los escritos de Adam Smith acerca de los distintos intereses de los trabajadores y empresarios, y si queremos abundar en esto, cualquier iuslaboralista en la actualidad reconocerá que el derecho laboral —que, dicho sea de paso, solo se desarrolla con el capitalismo— existe porque el mundo del trabajo tiene una base conflictiva.

En suma, con el propósito de superar este conflicto estructural, el socialismo tiene una característica esencial: busca socializar los principales medios de producción, y permitir una orientación planificada de la economía que supere la anarquía y el desperdicio social que produce la simple competencia del mercado (aunque hay que señalar que las transnacionales son las que más planifican). El otro factor es la socialización, indesligable de la participación de la ciudadanía en el control de la producción y la distribución. Esto es lo que hace al socialismo alternativo, no frente a un modelo o a una política, sino a un sistema, el sistema capitalista.

Alcanzar una democracia radical e integral —es decir, fundada en la sociedad, soslayando estos planteamientos y reemplazándolos solo por regulaciones— podría ser un

avance para frenar las posiciones dominantes de mercado dentro del mismo capitalismo, pero no olvidemos que la *ley general del capitalismo*, enunciada por Marx, está más vigente que nunca. La tendencia a que la producción sea cada vez más social, mientras que la riqueza se concentra en cada vez menos manos, hoy es más brutal que nunca. Ello hace que las transnacionales tengan mayor poder que muchos Estados.

Asimismo, mantiene actualidad otra predicción del marxismo: la tendencia cada vez más parasitaria, especulativa, del capital, ante el cual los Estados se ven muchas veces desarmados, sin contar con que, en las épocas de crisis, muchos gobiernos se ven obligados a subsidiar a grandes empresas y bancos para salvarlos de la bancarrota.

Insisto en que, para el socialismo, de lo que se trata precisamente es de frenar la lógica de la acumulación en pocas manos y para ello no bastan solo controles y regulaciones; el socialismo pretende no solo socializar la propiedad sino también, y básicamente, los excedentes de la economía en beneficio de las personas, de manera que se pueda hablar de igualdad de oportunidades. Hay que socializar lo fundamental de la economía haciendo que el socialismo recupere sus fundamentos humanistas, democráticos y de libertad.

Este razonamiento, para algunos, parecería una verdad de Perogrullo; sin embargo, es cada vez más frecuente oír hablar de la reconstrucción del paradigma socialista, de renovar la utopía, sin que se mencione el régimen de propiedad sobre el cual ha abundado la teoría marxista.

¿Qué está vigente de la crítica del capitalismo por el marxismo?

Desde el *Manifiesto* se plantea el aserto de que el capitalismo se erige poco a poco como el sistema mundial dominante. El capital responde a su interés productivo desplazándose por todo el mundo. Probablemente la primera gran radiografía de lo que hoy llamamos globalización se encuentre en este texto auroral. Y es que el mundo globalizado no podría explicarse sin una visión sistémica como la de Marx en su tiempo.

A propósito de lo dicho sobre el carácter mundial, existe un debate vigente entre los socialistas: esta expansión global del capital dio lugar a lo que Lenin llamaría la fase superior del capitalismo, el imperialismo. Casi 100 años después, el tema es la globalización de las transnacionales, ya no de los monopolios o del capital financiero ubicados en un determinado país. ¿Qué tanto han cambiado las transnacionales la esencia del imperialismo? ¿Estamos ante una nueva fase no prevista o es un cambio sin importancia que no afecta la estrategia mundial de lucha contra el gran capital? Lo que

queda claro es que, al igual que en la época de Marx, el capital no tiene patria y, en oposición, los obreros desarrollan el criterio del internacionalismo proletario. Estos actores y todas las centrales sindicales levantan la bandera que llama a globalizar las luchas. A mi modo de ver, ello no es otra cosa que la prolongación del grito *¡Proletarios de todos los países, uníos!*

Hoy en día, vemos, a nivel planetario, grandes redes de distintos actores sociales que defienden con vigor valores universales e intereses de considerables sectores marginados, muchos de ellos nuevos y otros no tanto. Recordemos que temas como la liberación de la mujer fueron una preocupación constante de las teóricas y teóricos socialistas. Textos como *Dialéctica de la naturaleza*, de Engels, avizoraban de manera temprana los desastres que causaría el capitalismo en el equilibrio ecológico. La irrupción de nuevos actores sociales y nuevos conflictos hace que, muchas veces, lo que el marxismo considera la contradicción fundamental que se da entre capital y trabajo no aparezca nítida. A ello contribuyen los cambios en la organización y administración del trabajo, las nuevas formas de contratación, *outsourcing*, legislación laboral que desprotege y ha debilitado objetivamente a las organizaciones de trabajadores, etcétera. Es más, creo que es importante considerar que, lejos de lo que se auguraba un par de décadas atrás, el proceso de «asalariamiento» alcanza hoy hasta a profesiones que antes eran consideradas liberales.

Una ciudad como Lima, con toda la explosión de autoempleo y unidades familiares, sigue reportando más de 50% de la PEA como asalariados. Aun con todas las limitantes de ley, las estadísticas reportan un aumento de sindicalización y, en medio de la desestructuración de la sociedad, el sindicalismo sigue siendo capaz de articular las luchas sociales y cívicas a nivel nacional. Queda, sin embargo, un punto en debate que se desprende de lo dicho anteriormente. Por lo general, la identidad proletaria se reconoce como la identidad obrera. Este es un tema que merece tomarse en cuenta, ya que la aparición de nuevos actores en la producción genera consecuencias que no deberían obviarse, al ser portadores de costumbres que no son las que tradicionalmente conocemos.

El socialismo no se queda en el reconocimiento del hecho económico, sino que lo proyecta hacia la política planteando la solución en una sociedad sin clases. Es un pensamiento esencialmente transformador. La tesis 10 de Feuerbach, «Todos los filósofos han interpretado el mundo, de lo que se trata es de trasformarlo», es, en ese sentido, categórica. Esa es su vocación de cambio alternativa al sistema capitalista y, para ello, construye un sistema de ideas en su relación con las clases sociales oprimidas o

excluidas, oponiendo ideas distintas sobre el régimen político, el sistema jurídico, una manera diferente de organizar la producción y la distribución de la riqueza, una nueva organización de la sociedad con valores solidarios, vale decir, una ideología para la revolución social verdaderamente democrática. Esto, en un momento en que se ha hablado del fin de las ideologías e incluso del fin de la historia, ha resultado imprescindible para cualquier acción política de transformación alternativa al sistema de explotación.

¿Cómo funciona ese sistema de explotación? Con la evolución del capitalismo mercantil al capitalismo industrial, surge (resurge) un agente social diferente: el proletario. Despojado este de todo instrumento o medio de trabajo, alojado en la ciudad sin más fortuna que su familia o prole (de allí *proletariado*), está obligado, para sobrevivir, a vender su fuerza de trabajo. A la violencia con que en muchos casos los proletarios fueron desarraigados de sus lugares de origen, se suma la coacción de trabajar para otro sin ninguna alternativa; en esta condición, el proletario no tiene más que perder que sus cadenas.

A partir de esta constatación, se desarrollan una serie de preguntas de gran actualidad en el debate con el liberalismo. ¿Puede ser libre el contrato que realiza una persona agobiada por el hambre con otro que detenta todos los poderes? Marx desarrolla una tesis, llamada el *fetichismo de la democracia*. Vale decir que, a diferencia de los liberales, que consideran que basta que las personas estén informadas y sin coacción para realizar cualquier contrato social y, por supuesto, civil (el contrato de trabajo, entre otros), el socialismo considera que esto solo es posible cuando se está en igualdad de condiciones.

Para superar esta situación, los socialistas, desde las primeras décadas del siglo XIX, se plantean una serie de alternativas: el cooperativismo y el mutualismo son ejemplos de esos esfuerzos que se conocen como utópicos, en la medida en que a través de ellos no fue posible superar el sistema. Solo las experiencias socialistas basadas en el socialismo científico, el término con el que se denominó la teoría de Marx y Engels, han demostrado ser alternativas al capitalismo en el sentido de construir sociedades con una lógica diferente de la del mercado y el consumo como rector de la vida, lo cual no significa desdeñar la utilidad del mercado como elemento capaz de dar las señales para alcanzar una mejor asignación de recursos; tampoco significa prescindir de lo que se conoce como gustos y preferencias a la hora de consumir.

Por ello, a diferencia de lo que muchos creen, la crítica a la explotación del trabajo tiene que ver no solo con los salarios y la plusvalía sino, en última instancia, también con la alienación que esto produce, con la forma como enajena al hombre de la posibilidad de verse realizado en su obra. Varios grupos socialistas aurales decían que su lucha era «por la emancipación del trabajo», y esto puede resultar cáustico ante la realidad

de millones de gentes que buscan hoy cualquier tipo de trabajo porque de ello depende su supervivencia.

En términos del régimen político, lo central del pensamiento socialista consiste en devolver a la sociedad su capacidad de autogobernarse. El Estado socialista, que es todavía un Estado de clase, debería disponer los mecanismos para alcanzar paulatinamente esta meta. Por eso, cuando hoy hablamos de regionalización, del papel de los municipios y de las minorías étnicas, una propuesta socialista debe contener la forma en la cual sus atribuciones tiendan a devolver a todos los componentes de la sociedad el control, control que será total en la sociedad sin clases, en el comunismo. Hay que reconocer con autocrítica que muchos entendimos mal esta perspectiva y otros malévolamente asociaban y asocian estatismo con socialismo. La propiedad estatal es una fase necesaria en la reorganización de la sociedad, pero transitoria.

¿Qué falló?

Este reino de la libertad y la sociedad organizada crea tensiones entre lo que llamaremos la aspiración individual y los intereses colectivos, que en cada momento hay que resolver. Entiendo que los denominados «cultos a la personalidad», los procesos de burocratización, las limitaciones a la libertad individual, etcétera, son ejemplos demasiado dolorosos como para no sacar lecciones de ello.

No soy de los que pregonan que las experiencias anteriores fueron totalmente negativas y que no sirvieron para nada. Es necesario señalar que la Unión Soviética, con todos sus defectos, alcanzó logros significativos en el nivel educativo de su gente, en el arte que se promovió, el deporte, la formación de científicos, es decir, la base para la realización del individuo y el tratamiento de las nacionalidades, el desarrollo de sus propias culturas, lenguas y tradiciones, que aún hoy, en medio de la proliferación de nacionalismos, se recuerdan con asombro en todo el mundo. Cuba misma es hoy un ejemplo de ello.

Sin duda, la Guerra Fría es un factor que no se debe olvidar; ello condicionó en mucho el funcionamiento de las sociedades del socialismo real. Uno de los aspectos que resultan saltantes es que muchos de los descubrimientos científicos se hayan quedado en el ámbito de la carrera espacial y la carrera armamentista, que precisamente estimulaba la Guerra Fría, y no llegaron a masificarse y aplicarse en bienes de consumo inmediato. Sin embargo, sería demasiado simplista atribuir todo a factores externos.

Control, autocontrol y la participación de la sociedad organizada fueron temas de permanente debate inmediatamente después de la revolución bolchevique, cuyos líderes

no ignoraban el peligro de la tentación burocrática. El periódico del partido mostraba con transparencia los distintos puntos de vista al respecto. Se acusa al leninismo de usar los sindicatos como correa de transmisión de la maquinaria partidaria; sin embargo, Lenin defendió con firmeza la independencia de estos respecto al Estado.

Resulta por demás sintomático que, en los proyectos socialistas, precisamente hayan sido la planificación en las fábricas, el señalamiento de metas de producción y los consejos empresariales en los que participaban los trabajadores los primeros instrumentos democráticos del nuevo Estado socialista que empezaron a deteriorarse y a ser reemplazados por la repetición rutinaria y la escasa consulta a los productores.

Praxis política

Todo parte de la ideología. Construir un sistema de ideas puede ser un trabajo de escritorio o puede ser el fruto de una reflexión intelectual a partir del reflejo de las vivencias de las masas, o puede ser un proceso que combine ambas, pero lo central es que ella se contraste con la realidad y que esta sea la que la valide. Ello tiene sus consecuencias, ya que si la ciencia avanza, la ideología no puede ser algo cerrado, sino una dimensión que avanza con la ciencia.

Quisiera señalar que una teoría solo lo es hasta que la comprobación fáctica confirma su viabilidad y sus enunciados. A eso apunta la ideología que inspira al socialismo marxista; por ello, sus precursores se llamaron a sí mismos socialistas científicos. Esto mantiene una gran frescura si lo comparamos con las teorías del pensamiento único neoliberal. Eso es lo que rescataba Mariátegui del socialismo: la capacidad de discusión teórica, por ejemplo, de los bolcheviques, su amplia cultura, la relación entre lo nacional e internacional, etcétera. Hay que reconocer que no siempre los socialistas han sido fieles a ese legado.

Mi visión de socialismo parte de una práctica política, de una determinada tradición y, desde luego, de una lógica política. Hay otras formas de ver el socialismo, otras maneras de interpretarlo y otros discursos socialistas, y ello corresponde no solo a distintas vivencias, a distintas constataciones con experiencias nacionales y mundiales, sino también a distintos instrumentos teóricos.

Ello no necesariamente significa que tengan que ser excluyentes (sin dejar de reconocer que, en nombre del socialismo, se han urdido las más curiosas y contradictorias ideas). La historia está llena de ejemplos de convivencia entre una izquierda plural y, en el Perú, también podemos encontrar ejemplos de ello. Los que luego se llamarían socialistas

científicos convivieron durante mucho tiempo en la I internacional con otros, compartiendo y sistematizando experiencias. La imagen de que aquellos que piensan diferente de nosotros deben ser eliminados no ha sido nunca parte de la tradición original del socialismo marxista.


Los retos del socialismo en el Perú

En el Perú, la aparición del socialismo obedece a un fenómeno objetivo, coincide con el nacimiento de la clase obrera. Por formidable que haya sido el trabajo de Mariátegui, no se puede desconocer como precursora la actividad organizadora y propagandística del anarco-sindicalismo, el tipo de cultura que este movimiento desarrolló para asentar una identidad de clase, al igual que una serie de personalidades, hombres y mujeres, que saludaron la revolución de octubre como el ejemplo del devenir futuro.

Un debate que acompaña a los socialistas es el de la reforma frente a la revolución, como lo llamó Rosa Luxemburgo. El Perú no ha sido la excepción. Esta disyuntiva ha afectado y hasta definido las políticas de alianzas y los programas de transformación que se han planteado. Como decía la misma Rosa Luxemburgo, este es un falso dilema; de lo que se trata es que no se pierda la perspectiva socialista en cada uno de los planteamientos, que no se termine, al final, confundido con cualquier programa de la burguesía.

Finalmente, me gustaría reiterar lo importante que ha sido la experiencia de Izquierda Unida (IU) para el desarrollo de la izquierda en el Perú. Ciertamente, demostró nuestro nivel de madurez democrática insuficiente, una serie de vicios y taras que al final mostraron que un proyecto político sin un sólido compromiso ético no es posible de sostenerse en las masas, pero IU aportó a la idea de un Perú socialista una serie de conceptos propios acerca de cómo construir el poder y desechar la idea de que este se asalta. La influencia del pensamiento gramsciano jugó un importante papel que nos diferenció de las corrientes propulsoras de la violencia armada y demostró a IU la posibilidad de comenzar a construir proyectos diferentes desde la democracia del pueblo.

Hoy el socialismo enfrenta en el Perú un reto que pone a prueba no solo la capacidad de sus cuadros sino su instrumental para el análisis. Debemos reconocer que lo que se llama el sujeto social, en el que influyó la izquierda hace 20 años, es muy diferente del que conocimos. El clientelismo en la política se ha difundido, el trabajo ideológico, debilitado por cierto, no resistió el embate de la propaganda liberal y, en suma, la izquierda no escapó de la crisis de la política.



Esta crisis, aunque no es solo de los partidos políticos, los obliga a repensar sus tareas en el sentido de evitar la dispersión y reflejar en un proyecto nacional el conjunto de reivindicaciones de los distintos sectores de la sociedad, de cómo ser verdaderos interlocutores entre la sociedad y el Estado. En consecuencia, la ley de partidos solo es parte de la solución. Se necesita atacar un problema de fondo: un régimen político en el que la nación se vea representada no es tarea fácil si tomamos en cuenta los niveles de informalidad que campean en buena parte de nuestro país.

La sociedad peruana ha cambiado mucho al final del siglo XX. Hoy surgen nuevos actores sociales y hasta se puede afirmar que la penetración transnacional deja percibir nítidamente la presencia de una especie de burguesía nacional también afectada por el capital foráneo, que goza de todas las gollerías que le dejó el fujimorismo. El reto del que hablamos es si una organización con una cultura clasista es capaz de representarlos a todos en un interés patriótico y de soberanía.

Hoy en día, existe un renovado intento de la izquierda para marchar en un proyecto unitario y sería un error pensar que un programa común y un frente unitario, condiciones necesarias pero no suficientes, bastan para atraer a las masas. Hace falta una manera de ligarse con los movimientos sociales de una forma tal que los partidos no terminen escondidos detrás de estos, o encargando a los gremios que realicen la agitación que corresponde a los partidos. Hace falta una manera distinta de dialogar con la población y la inteligencia suficiente para elevar las reivindicaciones propias de cada sector a programas políticos viables. En nuestro país, quienes están más cerca de la posibilidad de construir una articulación armónica entre partidos y movimientos sociales, sin afectar la independencia y el respeto mutuo, son los miembros de la izquierda, pero, a pesar de lo avanzado, esta es todavía una tarea pendiente.

El socialismo hoy en el Perú

Marisa Glave Remy

Quisiera empezar señalando que para hablar de socialismo hoy en el Perú, es necesario, en primer lugar, hacer un balance, una revisión crítica del proceso que ha vivido, con aciertos y errores, la izquierda peruana. Efectivamente, el socialismo fue la inspiración de la izquierda peruana y, por ello, ambas historias son indelible.

¿Qué podemos decir del socialismo? En principio, es la corriente que recoge la crítica radical (en su raíz) al capitalismo. No al mercado, no a la producción, ni a la iniciativa, sino al capitalismo, al sistema que hace que el mercado, la producción y la iniciativa funcionen al servicio de la acumulación de una clase en detrimento de las condiciones de vida de las mayorías.

La izquierda peruana, como muchas, incorporó no solo esta tradición crítica sino también su encasillamiento desde experiencias de poder, principalmente desde lo que hoy llamamos los socialismos realmente existentes: lo que fue el socialismo soviético, que produce el marxismo-leninismo, y el socialismo chino, que difunde una propuesta aún más dura; el maoísmo. Pero estas no son las únicas maneras de entender el socialismo.

La ausencia de un balance real y sincero de los actores involucrados en el proceso social y político de la izquierda peruana ha colaborado a su aislamiento del movimiento popular y ha profundizado los problemas para debatir sobre el socialismo como tradición crítica. Uno de los factores que han evitado este balance es la ausencia de un recambio generacional en la izquierda y la centralidad que aún conservan los líderes históricos de un momento superado de la historia nacional. Una mayor sensibilidad sobre el momento presente y una mayor apertura a las discusiones sobre el socialismo implicarían un rol activo de las viejas y las nuevas generaciones, así como de sujetos populares tradicionalmente excluidos de este debate, como los indígenas.

Las últimas décadas de historia nacional han mostrado las consecuencias de la derrota política y moral que sufrió la izquierda peruana. La pelea por la hegemonía cultural y política en el país, por la visión colectiva u horizonte compartido, la ganaron la derecha y el neoliberalismo. Esta realidad no es únicamente consecuencia de errores de la izquierda; influyó de manera determinante el fujimorismo y su dictadura, así como las

acciones del PCP-Sendero Luminoso y del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru. El triunfo de la derecha supuso, por ejemplo, que el discurso de De Soto y la frase que aún suena, «Qué haría yo si tuviera capital», llevaran el debate sobre la producción y el conflicto de clases hacia la dicotomía entre lo formal y lo informal. La reacción e inventiva popular frente a los problemas de desempleo y falta de redistribución terminó por crear «microempresarios».

Enfrentar este nuevo horizonte cultural en un mundo globalizado requiere profundizar debates que permitan a las nuevas generaciones reconocerse como continuidad y ruptura al mismo tiempo; supone una revisión de nuestra tradición socialista, tanto intelectual como política. Reflexiones en torno a Mariátegui y la particularidad del Perú se frenaron o, en todo caso, continuaron desde perspectivas diferentes, sin el filo político inicial. Discusiones sobre el problema del campesinado en el Perú y la potencia de nuestras tradiciones, cuestionadoras de un patrón homogéneo y homogeneizador occidental, son hoy centrales para el debate socialista en América Latina, sobre todo por los logros que han tenido los indígenas y los campesinos en los países andinos en pos de la construcción de sociedades y Estados plurinacionales en donde tienen cabida. Reencontrar en nuestra precisa realidad la dimensión utópica del socialismo, no perder nuestra capacidad de indignación y ser capaces de incorporar nuevos debates internacionales a la vez que propios, como pidió Flores Galindo, son tareas que las nuevas generaciones debemos emprender, con orgullo, pero, a la vez, con libertad.

Levanto con fuerza la importancia del recambio y la renovación, no solo por el tema de la necesidad de apertura a nuevas generaciones, sino porque parte de la derrota histórica de la izquierda y la hegemonía neoliberal (que si bien empieza a mostrar grietas, aún existe) supusieron entender esta renovación como un movimiento hacia el centro, hacia posiciones más moderadas, dejando de lado la radicalidad. Esta pasó a ser el discurso y, en algunos casos, la práctica de sectores muy reducidos y aparentemente atrapados en el pasado. La recuperación de la radicalidad y su reinterpretación como lo raigal, como la necesidad de enfrentar los problemas desde la raíz, es una tarea pendiente de los socialistas.

Por este abandono, los liderazgos percibidos como radicales (como cuestionadores del sistema) surgen por fuera de las tradiciones más socialistas. Proviene de los movimientos sociales o de construcciones nuevas, sin ser precisamente producto de la izquierda o el socialismo peruano. Ese es el caso, por ejemplo, de Ollanta Humala, que se engarza más bien dentro de una tradición nacional popular, pero que recoge la crítica radical de sectores populares a su situación actual y por eso su capacidad para movilizar y despertar esperanza.

La falta de debate y de apropiación de la producción intelectual contemporánea ha impedido que tengamos ahora una lectura clara del capitalismo y sus actuales consecuencias e implicancias para la vida. Desarrollos del marxismo desde Gramsci hasta hoy han sido rechazados o abandonados (dependiendo del caso) por la izquierda más tradicional, y creo que precisamente la negación de propuestas más reflexivas y comprensivas de nuestra realidad es lo que limita la posibilidad de construir hoy, y legitimar como viables, propuestas concretas, alternativas y transformadoras del sistema. Pero, además, estas corrientes y el debate que debemos emprender desde un socialismo alternativo suponen cuestionar las fórmulas de un socialismo que hipoteca el presente por un supuesto futuro, cuyo sustento sería «científico», pero que cada vez que se ha aplicado ha traído resultados desastrosos en la mayoría de casos (Vietnam, Camboya, Unión Soviética o el Perú de Sendero Luminoso).

Recuperar la tradición crítica al capitalismo desde un socialismo alternativo requiere entender a los nuevos actores, sujetos que surgen en nuestras sociedades como cuestionadores del sistema capitalista y su poder hegemónico. Uno puede sentirse más o menos cercano a sus luchas, pero no podemos dejar de reconocer su potencia y fuerza. Los zapatistas, los movimientos indígenas del Ecuador, los cocaleros de Bolivia, los ambientalistas y quienes luchan por la identidad de género y por el derecho a una orientación sexual no hegemónica nos increpan y exigen de nosotros apertura. Hoy deviene central pensar la política no como el campo de batalla de dos clases sociales, sino como una pluralidad de voluntades en pos de proyectos más integradores; la idea gramsciana de hegemonía resulta más útil hoy.

Tal vez hoy —y quiero que quede claro que sé que es más fácil criticar desde fuera del proceso vivido— resulte claro que nunca se debió dejar de lado el debate en torno a la democracia. La mirada instrumental que de ella tuvieron sectores de la izquierda peruana impidió el desarrollo, en décadas pasadas, de planteamientos integrales, desde una perspectiva socialista de la democracia. Y sostengo que son sectores, y con esto quiero expresar el rechazo a cualquier discurso político que hoy pretenda sentenciar al socialismo como autoritario y excluyente de procesos democráticos. Incluso dentro de la tradición marxista revolucionaria existieron avances muy importantes en la teorización de la democracia; ya Rosa Luxemburgo daba pistas para este debate.

Pero la imposición de la hegemonía neoliberal y la reducción de la democracia a un conjunto de procedimientos formalizados que garantizan los derechos de propiedad y limitan la soberanía popular colonizaron, incluso en la izquierda, la mirada en torno a la democracia. Lo que se perdió cuando se abandonó la crítica radical y se asumió la

democracia liberal fue un pilar central del socialismo: entender la sociedad como fruto del conflicto y en constante conflicto. El avance y la necesidad actual es entender que este conflicto no necesariamente supone una resolución violenta. Recordemos que lo que asumimos hoy como elementos cotidianos y normales de nuestras vidas fueron, en muchos casos, conquistas de movimientos sociales, obreros, campesinos, feministas, etcétera. Que las mujeres podamos hablar públicamente, que todos y todas podamos votar, que los indígenas tengan derechos reconocidos expresamente y que existan derechos laborales (aunque hoy se cuestionan) son producto de luchas y de conflictos que hicieron retroceder intereses de quienes tenían más poder. Recuperar la democracia desde una perspectiva socialista es reconocer este rol de los movimientos sociales en la producción de la sociedad.

El discurso de derecha sobre la democracia supone una aparente apropiación de los «intereses» nacionales, imponiendo un gran consenso. Este consenso, que en el fondo muestra un juego de poder y de cuotas de poder, pretende negar el antagonismo social, al «otro», planteando un esquema de lapidación del que piense diferente en nombre de la «democracia». Veamos hoy cómo se violan derechos humanos, libertades básicas, y se persigue a quienes pueden ser «oposición» no solo en nuestro país, sino en el mundo entero. El acoso judicial de líderes políticos de oposición, el encarcelamiento de líderes sociales y de activistas, acusados sin fundamento de terroristas —tratando con esto de abrir heridas que aún nos duelen— es la muestra más clara del tipo de política que pretende imponer este gobierno, que despoja a la democracia de su exigencia de pluralismo. Podemos discrepar, pero no podemos hoy dejar de solidarizarnos con quienes sufren la represión de manera tan directa.

Una nueva estrategia socialista, que busque construir otra hegemonía cultural y política diferente de la capitalista, debe partir del reconocimiento del conflicto y de la necesidad del pluralismo. Entender desde el socialismo la democracia como la socialización del poder nos lleva a un cuestionamiento histórico, dejado de lado por algunos, y este es el problema de la desigualdad y, por ende, de la redistribución.

Hablar de desigualdad en el Perú, que es hablar de más de 10 millones de personas excluidas de los beneficios de la economía, es hablar en torno a las relaciones de poder que permiten que esto ocurra. Este debate y esta preocupación deben seguir siendo un tema central en las izquierdas.

En el socialismo hemos avanzado más en la crítica al capitalismo desde la cultura y los nuevos movimientos sociales; también hemos empezado el debate en torno a la política y lo político. Sin embargo, queda pendiente la discusión sobre la economía.

Un triunfo del neoliberalismo fue separar la economía de la política. Incluso, logró colocarla en la esfera de la «técnica». De un supuesto conocimiento puro, más allá de los intereses y de los conflictos sociales. Es necesario volver a encajar economía y política, recordar que la situación actual no es fruto del devenir de condicionamientos externos que se tornan imponentes y omnipotentes. Es el fruto de la acción del ser humano, de hombres y mujeres, y, por tanto, es la acción del ser humano la que puede cambiarla.

Permitir que el problema de la desigualdad y la redistribución sea colocado desde el Estado como parte del debate de «políticas sociales» o de «caridad», que no es otra cosa que una expresión privada de voluntad y no un mecanismo de solidaridad pública, significa renunciar a la posibilidad de alcanzar justicia social y redistribución efectiva. Esto es lo que está haciendo el actual gobierno al renunciar a la posibilidad de regular y gravar los ingresos de las empresas extractivas, particularmente mineras y de hidrocarburos, con impuestos; prefiriendo, en contra de lo prometido en la campaña electoral, pedirles una «dimosna», que ahora las empresas entregan incluso con condiciones. No es en vano que la población, según la última encuesta de Imasen, en un 80%, opine que Alan García gobierna para los empresarios y los ricos.

Para terminar, quisiera plantearnos un reto y este es pensar Lima desde una perspectiva socialista. Si analizamos el resultado de las últimas elecciones presidenciales, queda claro que quien frenó la posibilidad de que en nuestro país, como viene ocurriendo en varios países de la región, llegue al gobierno una alternativa de cambio y transformación fue Lima. Aquí se concentra la fuerza de la hegemonía neoliberal y es precisamente aquí donde debemos probar nuestras alternativas y volverlas viables, volverlas creíbles.

Tengo la posibilidad y la responsabilidad de ser regidora de oposición. Gonzalo García Núñez confió en mí y me invitó a postular en la lista del Partido Nacionalista Peruano, mostrando que se pueden plantear alternativas diferentes para Lima. Pero hasta hoy, tanto por la demanda de la opinión pública como por la misma dinámica política limeña, el rol que he podido cumplir se centra en la fiscalización y en el mejoramiento (hasta donde una puede) de proyectos para la ciudad. Pero si seguimos centrando el debate únicamente en la eficiencia y en el manejo responsable de los fondos —es decir, sobre si hay o no corrupción—, tenemos la batalla política perdida. Es importante fiscalizar y cerrarle las puertas a la corrupción, pero legitimar una opción socialista en el imaginario colectivo supone dar un paso más allá, supone poner en claro qué otra ciudad queremos, qué desarrollo urbano diferente es posible en Lima. Y con eso avanzaremos también en la construcción de un nuevo país.

La izquierda y el marxismo: rupturas y continuidades

Sinesio López Jiménez

Hablo desde la derrota. Después de todo, la caída del muro de Berlín no es poca cosa. La derrota no significa el abandono de la batalla, sin embargo, sino un nuevo punto de partida de la lucha. Con la caída del muro de Berlín en 1989, la mitad de la humanidad dejó de vivir en el socialismo realmente existente, el comunismo. Se cayó también una visión del mundo y del socialismo. Pero lo que queda en pie hoy no es poco: la aspiración a la justicia, que es el signo distintivo de la izquierda. Por ello, toda derrota significa muchas cosas y una de la más importantes es no abandonar la batalla. El no abandono significa que la lucha continúa, quizás desde otras formas y desde otra manera de ver la realidad.

Antes de ver las nuevas formas y las distintas aproximaciones a la realidad, se hacen necesarios un balance y una autocrítica. O dicho de otro modo: mediante el balance y la autocrítica podremos comprender en su totalidad aquellas nuevas formas y distintas aproximaciones a partir de las cuales la lucha puede continuar. A lo largo de los años, se le ha pedido siempre a la izquierda un balance y una autocrítica, pero hasta el momento no ha aparecido ninguna. A veces es necesario recordar que la izquierda peruana no es algo nuevo, un fenómeno que acaba de nacer, sino, más bien, todo lo contrario. Lleva casi ochenta años tanto en la práctica política como en el pensamiento político. A partir de la caída del muro, se volvió más urgente y necesario este balance y autocrítica por parte de la izquierda, pues, como se ha mencionado, la caída del muro de Berlín es el desplome del mundo comunista, levantado sobre el pensamiento de Marx. Pero no solo eso, ha caído también una manera distinta de enfrentarse a los problemas y desafíos del capitalismo actual. El desplome del muro es la caída y el quebrantamiento de algunas de las ideas fundamentales del marxismo y del socialismo.

En este artículo presento un debate sobre el marxismo, algunas hipótesis sobre el capitalismo salvaje, sobre la globalización y la crisis del Estado-nación y sobre la democracia de alta intensidad como nuevos puntos de partida del resurgimiento de la izquierda. Con este fin presento y discuto las reflexiones de algunos intelectuales sobre estos temas, con la esperanza de que ellas constituyan los puntos de partida de reflexión y de apuesta de la izquierda.

Marx y el marxismo: lo vivo y lo muerto

Creo que el marxismo-leninismo de los manuales y el de los partidos comunistas se han hundido inexorablemente. Pero muchas de las ideas de Marx siguen en pie. ¿Qué ideas de Marx han periclitado y cuáles siguen en pie? Jon Elster, desde las perspectivas del neomarxismo y la teoría de la elección racional, ha hecho un obituario¹ del pensamiento de Marx. Según Elster, muchas de las ideas de Marx están muertas. El socialismo científico está muerto. No hay modo en que una teoría política pueda prescindir de los valores y confiar, en vez de ello, en claves de la historia que operan con necesidad de hierro. El materialismo histórico está muerto juntamente con sus leyes ineluctables. La teleología y el funcionalismo están muertos. En el pensamiento de Marx, una filosofía teleológica de la historia llegó a unirse, de una manera aparentemente paradójica, al socialismo científico. La paradoja consiste en que la teleología explica todo por regresivas, desde el fin hasta los medios, mientras la ciencia procede por conexiones progresivas, de la causa al efecto. La teoría económica marxista está muerta, con una importante excepción: la teoría del cambio técnico. Según Elster, «la teoría del valor-trabajo es una ruina intelectual». El otro pilar principal de la teoría económica marxista, la teoría de la tendencia a la baja en la tasa de ganancia, como consecuencia de un cambio técnico que ahorra trabajo, es igualmente insostenible. La teoría de las fuerzas productivas y las relaciones de producción —quizá la parte más importante del materialismo dialéctico— está muerta.

Según Elster, lo que está vivo del marxismo es el método dialéctico o, al menos, una versión de él. La teoría de la alienación está viva. Como lo está, correlativamente, la concepción de Marx de la buena vida para el hombre. Marx siempre celebró las contribuciones a la ciencia y la cultura de las sociedades de clase en general y del capitalismo en particular, pero reconoció también que se consiguieron a expensas de la autorrealización de la amplia mayoría. La teoría de la explotación está viva, como lo está, correlativamente, la concepción de Marx de la justicia distributiva. Aunque la explotación no es un concepto moral fundamental, como lo sería si explotar a alguien fuera *ipso facto* algo moralmente reprochable, la teoría ofrece una sólida guía sobre lo que está bien y mal en un gran número de casos estándar. La teoría de Marx del cambio técnico está definitivamente viva: «Algunos de los capítulos más excitantes de *El capital*, I, son aquellos en los que Marx examina la relación entre tecnología, beneficio, poder y derechos de propiedad al nivel de la empresa». La teoría de Marx de la conciencia de clase, la lucha de clases y la política, vive y palpita, aunque se reconoce generalmente que no ofrece una respuesta completa a las preguntas que motivaron su construcción. En el nivel más general, cabría esperar que una teoría de clases ofreciera algo de carne y de sangre a la teoría abstracta de las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

Marx pensaba que su teoría de las clases ofrecía la llave para la comprensión de los conflictos sociales. Pensó en profundidad sobre las condiciones bajo las cuales los miembros de una clase podrían actuar de una manera concertada, esto es, convertirse en actores colectivos en la arena de los conflictos sociales. Subrayó, entre otras cosas, el aislamiento espacial, las altas tasas de movilidad y la heterogeneidad cultural como obstáculos a la conciencia de clase. Hizo, además, aportaciones pioneras sobre la naturaleza del conflicto de clase, de la cooperación de clase y de las coaliciones de clase. Dado que miembros de clases diferentes pueden tener intereses comunes y enemigos comunes, no puede darse por sentado que la lucha de clases sea de oposición implacable, al menos no a corto o mediano plazo. Hoy en día acentuaríamos más que Marx que la lucha de clases también está oscurecida por la presencia de otros conflictos que la seccionan. No hay duda de que la clase es una fuente importante de conflicto social en Irlanda del Norte, Sudáfrica o Polonia, pero habría que ser muy dogmático para afirmar que es el único elemento o el dominante. Los sentimientos religiosos, raciales y nacionalistas han demostrado ser focos independientes de lealtad y organización. El marxismo no es realmente capaz de abordar de cara este hecho, excepto mediante el desesperado recurso de argumentar que, a la larga, definidas por la emergencia de un nuevo modo de producción, estas luchas culturales tienen poca importancia, argumento que parece tan falso como poco relevante. La teoría de la ideología no está particularmente sana ni viva, pero Elster sostiene que podría ser, y que debe ser, resucitada.

Desde el punto de vista del análisis político (y de la coyuntura), hay dos críticas a los clásicos que han sido desarrolladas por el neomarxismo en la década de 1980, que hago mías ahora: la confusión marxiana entre los elementos constitutivos de las matrices de poder social con las fuentes de autoridad política y la negación del individuo como actor político con su propia racionalidad. La primera crítica ha sido formulada por Clauss Offe y la segunda por Jon Elster. La crítica de Offe yo la intuía en la década de 1970 y la expresaba, si no en artículos, al menos en las clases con mis alumnos de la Pontificia Universidad Católica del Perú y de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Me parecía entonces, y me parece ahora, que la lucha de clases como matriz única de los conflictos económicos, sociales y políticos le quitaba sustancia propia a la política y convertía a los actores políticos en meros títeres de otras realidades supuestamente sustanciales: la economía y las clases. En la década de 1980 Clauss Offe dio a esta crítica una formulación más precisa.

En *La gestión política*,² Offe concentra su reflexión en dos temas: (a) los elementos constitutivos de las matrices del poder social y (b) las fuentes de la autoridad política. El marxismo clásico subsumió ambas dimensiones en el modelo de la lucha de clases como

expresión política de la contraposición entre trabajo asalariado y capital. Las teorías pluralistas, en cambio, han defendido la existencia de una multiplicidad orgánica de núcleos de poder que impediría hablar de una matriz de poder social como tal. En ambos casos, las categorías de análisis político sufren una cierta desvirtuación teórica: mientras que en el marxismo, el Estado aparece como mero instrumento al servicio de la clase dominante, el pluralismo lo concibe como una agencia neutra destinada a realizar un conjunto de funciones. Los actores también quedan desvirtuados: el marxismo los reduce a actores socioeconómicos y el pluralismo los limita solo como grupos de intereses.

Offe pretende proporcionar un esquema para el análisis de los límites, las contradicciones y los sesgos de las tareas encomendadas al Estado moderno, así como de las estructuras que modelan las pautas de organización y de conflicto de sus actores colectivos. En el esquema marxista, capital-trabajo sigue siendo el condicionante último de la dinámica política de las sociedades del capitalismo tardío. Offe cuestiona la primacía de las categorías del trabajo para reconstruir las matrices del poder social, lo que marca un distanciamiento del marxismo. El agotamiento del paradigma del trabajo se hace presente en la configuración de las entidades colectivas de lo que se ha dado en denominar movimientos disidentes de la sociedad industrial. La hipótesis sobre el rol de las clases medias como sustrato de los nuevos movimientos sociales, sobre el cambio de las jerarquías normativas hacia valores posmaterialistas o la obturación de los diseños neocorporativos para la representación de intereses organizados aproximan los paradigmas del postindustrialismo y del capitalismo tardío en su diagnóstico de las transformaciones de las sociedades modernas: en última instancia, los frentes de organización y del conflicto social se encuentran regulados bajo el primado de la política. Este primado se debe a las funciones asumidas por la autoridad política, que van desde la preservación de la paz hasta la obtención de los derechos sociales y políticos garantizados por el Estado. Esta evolución encuentra en el Estado de bienestar su culminación contradictoria. En sus problemas estructurales del capitalismo de Estado, Offe subrayó la idea del poco potencial explicativo que tiene la propiedad de los medios de producción en las sociedades capitalistas contemporáneas. Su dinámica política no proviene tanto del poder de disponer de ellos como de *la manera* de disponer de ellos, esto es, por las prioridades, criterios y estrategias empleadas en la configuración institucional de las políticas estatales y en las decisiones privadas de inversión. En este contexto de capitalismo politizado por la intervención estatal, el conflicto entre capital y trabajo se expresa como un conflicto entre las funciones de integración social y de integración sistémica, entre los imperativos de acumulación económica y las necesidades de legitimación política.

Uno de los temas de debate en las ciencias sociales y en el marxismo es la relación entre la acción individual y las estructuras sociales. En las ciencias sociales, estas dos problemáticas han corrido por canales separados. De ese modo, hay una corriente de los científicos sociales que apuestan más por la teoría de las estructuras, y otros, más a la teoría de la acción individual, y no faltan científicos sociales que han intentado una visión de síntesis. El mismo Marx bosquejó, en las primeras páginas del *Dieciocho Brumario*, una síntesis que no se mantuvo, sin embargo, en el conjunto del análisis, mostrando más bien una cierta ambigüedad entre una perspectiva holista predominante y otra individualista.³ En *Making Sense of Marx*, Jon Elster⁴ cuestionó la metodología de Marx, particularmente el holismo, la explicación funcional y la deducción dialéctica, y postuló el individualismo metodológico o la búsqueda de microfundamentos de la teoría social de Marx: «Para el individualismo metodológico todas las instituciones, pautas de comportamiento y procesos sociales pueden ser explicados, en principio, en términos de los individuos únicamente: de sus acciones, propiedades y relaciones. Es una forma de reduccionismo, lo que significa que nos obliga a explicar fenómenos complejos en términos de sus componentes más simples. El reduccionismo es una estrategia central de la ciencia».⁵ Hasta la década de 1980 se venía sosteniendo que una fisura metodológica separaba al marxismo de otros enfoques, pero desde entonces, esta unanimidad se rompió debido a que los marxistas analíticos (Jon Elster, John Roemer, Adam Przeworski y G. A. Cohen)⁶ han sostenido que lo peculiar del marxismo son sus tesis sobre el mundo y no su metodología, y que sus principios metodológicos son indefendibles.⁷ Además de los marxistas analíticos, otros autores intervinieron en este debate (Claus Offe, Erik Olin Wright, Allen W. Wood), pero el que ha logrado formular una productiva tipología de las posturas metodológicas sobre la explicación ha sido Erik Olin Wright, al señalar cuatro paradigmas de análisis: el antirreduccionismo, el holismo, el atomismo y el individualismo metodológico.

En los escritos políticos de Marx existe cierta ambigüedad en el tratamiento de los individuos como actores políticos. Por un lado, se analiza a los actores individuales como expresiones de las clases sociales o como condensaciones de situaciones sociopolíticas.⁸ Por otro, se presenta a los actores individuales, incluso con sus características físicas y psicológicas, como protagonistas de la acción política. Estos son los casos de Thiers, Jovellanos, Ledru-Roland, etcétera. La mayoría de las veces, sin embargo, los personajes son vistos dentro de la perspectiva de un holismo radical que «ofrece un fuerte contraste con el individualismo metodológico. Para los holistas radicales, las relaciones concretas entre los individuos son esencialmente epifenoménicas con respecto a las explicaciones sociales. Son generadas por la actuación del todo, y por sí solas no explican nada. No es solo que el ‘todo es más que la suma de sus partes’. Es más bien que el todo es la única

causa auténtica y las partes (aún cuando estén constituidas relacionalmente) son meros artefactos. Las categorías macrosociales —el capitalismo, el Estado, las relaciones de clase— no solo son irreducibles a procesos de micronivel; ni siquiera se ven afectadas por estos procesos».⁹

El holismo radical es poco defendible desde una perspectiva metodológica, porque convierte a los actores individuales o colectivos en meros títeres de las clases sociales y de las situaciones sociopolíticas, e implica la negación de la política como campo específico de la realidad social moderna, de los conflictos, de la acción, de los juegos y de los arreglos institucionales. Pero resulta también discutible reducir toda complejidad social —relaciones sociales, instituciones, procesos, estructuras— a acciones individuales, como si ellas o algunas de ellas no operaran, con frecuencia, con independencia de los individuos e incluso se impusieran a los individuos independientemente de su voluntad y de su conciencia. Ser pobre o ser rico, por ejemplo, no son solo resultados de los desempeños individuales, fracasados o exitosos, como alegremente afirman los creyentes de la cultura liberal, sino que también —y, por lo general, principalmente— son producto de las relaciones de clase que establece el capitalismo más allá de la voluntad de los empresarios y de los obreros.

Una perspectiva metodológica teóricamente más productiva, en especial en el campo de la política, es el antirreduccionismo, puesto que «reconoce la importancia de las exposiciones de micronivel para explicar los fenómenos sociales, al tiempo que admite la irreducibilidad de las exposiciones de macronivel. El individualismo metodológico insiste en que la meta última de la ciencia es reducir las explicaciones a sucesivos microniveles de análisis. Para el individualista metodológico, explicar un fenómeno es simplemente ofrecer una exposición de los micromecanismos que lo producen. Las categorías sociales globales y supraindividuales, por consiguiente, son solo admisibles a falta de algo mejor, a consecuencia de nuestras limitaciones cognoscitivas o el insuficiente nivel de nuestros conocimientos. En cambio, los antirreduccionistas no prejuzgan sobre un problema determinado si las explicaciones (sociales) de macronivel son reducibles a exposiciones (individualistas) de micronivel».¹⁰

Erik Olin Wright apela a los conceptos de tipos y muestras utilizados en la filosofía de la ciencia para mostrar la relación entre irreducibilidad y reduccionismo. La reducción de macrofenómenos a microfenómenos no es posible siempre, porque no se puede reducir los tipos a muestras en todos los casos: «Las muestras son ejemplos concretos. Los tipos son características que las muestras pueden tener en común. Así, una huelga concreta puede ser subsumida bajo una variedad de tipos posibles: huelgas, luchas de

clases. Ser rico es un tipo del que Rockefeller es una muestra. Los tipos son categorías generales que subsumen casos o ejemplos particulares». ¹¹ Según Wright, la distinción tipo-muestra permite entender que toda ciencia tiene dos tipos de proyectos explicativos: uno permite explicar por qué se producen los casos-muestra y el otro explica la naturaleza de los tipos que entran en su propio campo. Existen ciertos puntos de encuentro y de divergencia entre los individualistas metodológicos y los antirreduccionistas. Ambos coinciden en la capacidad explicativa de los conceptos tipo que se refieren a los individuos, pero difieren en la forma de ver la capacidad explicativa de los conceptos tipo que aluden a entidades sociales globales: los individualistas insisten en que dichos conceptos pueden ser reducidos a casos individuales, mientras que los antirreduccionistas sostienen que eso no es siempre posible, sino solo si la macropropiedad del concepto tipo coincide con la micropropiedad del caso individual: se puede reducir el concepto tipo agua al caso concreto H₂O porque el concepto tipo agua coincide con el conjunto de moléculas de H₂O, pero esto no siempre sucede. Por el contrario, con frecuencia el concepto tipo puede tener casos concretos diferentes en que no hay correspondencia. En todo caso, la reducción de un concepto tipo en un caso concreto es una cuestión empírica. ¹² Wright concluye que «hay cuatro posibles vínculos explicativos entre los fenómenos sociales y las propiedades de los individuos: en primer lugar, las propiedades de los individuos pueden explicar los fenómenos sociales; en segundo lugar, los fenómenos sociales pueden explicar las propiedades de los individuos; en tercer lugar, las propiedades de los individuos pueden explicar las propiedades de los individuos y, en cuarto lugar, los fenómenos sociales pueden explicar los fenómenos sociales. La crítica del holismo radical implica que el cuarto de estos vínculos explicativos solo es lícito cuando la cadena causal de las explicaciones entraña combinaciones de los dos primeros; es decir, los fenómenos sociales solo explican fenómenos sociales en la medida en que hay lazos —mecanismos causales— que operan a través del nivel microindividual. Las estructuras sociales explican estructuras sociales por medio de los modos en que determinan las propiedades y las acciones de los individuos, que, a su vez, determinan los resultados estructurales sociales. La investigación de estas microvías a través de las cuales surten sus efectos las macroestructuras es el estudio de los microfundamentos». ¹³

Pero también algunas apuestas políticas de Marx se quebraron con la caída del muro. Una de estas apuestas es la de la dictadura del proletariado. Los textos de Marx presentan algunas ambigüedades cuando tratan de la dictadura del proletariado. Uno de los sentidos es que dicha dictadura expresa el dominio de una clase sobre otras. Esto es sociológicamente cierto, pues el Estado es una dominación de una clase sobre otras en forma institucionalizada. Esta idea no solo pertenece a Marx, sino también a Weber,

que nos dice que «el Estado, lo mismo que las demás asociaciones políticas que lo han precedido, es una relación de dominio de hombres sobre hombres basada en el medio de la coacción legítima». Pero, sin duda, la idea de la dictadura política del proletariado es una lamentable idea de Marx que felizmente se quebró. Salvo el *Dieciocho Brumario* y algunos escritos de coyuntura, la teoría política de Marx es más bien pobre. Quizá lo más cuestionable son sus apuestas políticas, sobre todo las que desarrolló en *La crítica al programa de Gotha*. Lo que no se puede sostener es que la caída del muro no afecta en nada las apuestas de Marx.

El capitalismo salvaje

Regresando al balance y a la autocrítica que debería hacer la izquierda, es importante señalar que, luego de hacerlos, se develan nuevos puntos de partida. Es importante señalar, a su vez, el cambio que se ha generado en el mundo. La manifestación de este cambio se devela en el peso cada vez menos relevante que tiene la clase obrera. Esto no quiere decir que el trabajo no sigue (y seguirá) siendo fundamental como productor de la riqueza, pero lo que está en discusión hoy es la centralidad del paradigma del trabajo para explicar la naturaleza y la dinámica del capitalismo. El mundo actual del trabajo es un buen mirador para observar lo que sucede con el capitalismo. En efecto, lo que está pasando en el mundo del trabajo dice mucho del capitalismo que tenemos delante en términos del nivel de desarrollo alcanzado, de su escasa capacidad de integración social, del tipo de capitalismo, de las estrategias utilizadas para ahorrar costos laborales y para neutralizar la acción colectiva de los trabajadores, de las expectativas y frustraciones que genera.

Generalmente, existe una relación directa entre el nivel de desarrollo y el tamaño del trabajo asalariado: a más desarrollo, más porcentaje del trabajo asalariado, y a menos desarrollo, menos trabajo asalariado. Los países desarrollados, a diferencia de los que no lo son, tienen un mayor número de trabajadores asalariados tanto en el campo productivo como en el no productivo. Lo que ha pasado en el capitalismo avanzado es que el trabajo no productivo asalariado ha crecido más que el productivo. El tamaño del trabajo asalariado limeño (14% en el sector privado y 5% en el Estado) es un buen indicador del bajo nivel de desarrollo alcanzado por el capitalismo en el Perú.

El 38% de trabajadores independientes, que debe de estar subestimado y escondido en los rubros *ama de casa y estudiante*, revela la poca capacidad de integración social de la economía de mercado y muestra, más bien, sus características de exclusión económica. Es probable que estemos frente a un capitalismo intensivo en capital y muy ahorrador de

mano de obra. Esto se expresa en la mayor velocidad del crecimiento del PBI y el débil crecimiento del empleo. En los últimos cinco años, el país ha crecido 20% y Lima, 22,1% (Efraín Gonzales de Olarte *dixit*), pero el empleo no ha crecido en la misma magnitud y con la misma velocidad y, obviamente, tampoco han aumentado los sueldos y salarios. Y eso que estamos mostrando lo mejor de la vitrina: Lima, pero, ¿qué pasa con el empleo en regiones que decrecieron en el mismo período -12,6%, como Ayacucho?

El hecho de que solo 12% de los trabajadores sean considerados estables en planillas, que 72% de los limeños no tengan seguro, que 75% no gocen de derecho a la jubilación, que solo 17% tengan CTS, que 68% no tengan derecho a vacaciones, que 74% no gocen del derecho a gratificaciones revela que no solo estamos frente a un capitalismo deficitario sino, sobre todo, salvaje, que no le interesan los derechos de los trabajadores y que, más bien, ha restaurado las épocas ya superadas del capitalismo sin derechos y sin democracia. No es casual, por eso, que una de las reivindicaciones centrales de los trabajadores mineros en estos tiempos sea la eliminación de los llamados *services* y de la condición de los trabajadores de servicios no personales, que reinstalan la servidumbre en el corazón mismo del capitalismo y del Estado. En realidad, lo que los mineros están planteando es pasar de un capitalismo salvaje a un capitalismo democrático. No es casual, tampoco, que frente a la precariedad actual del empleo, la demanda más sentida de la gente sea la estabilidad laboral, sobre todo en los sectores populares y pobres de Lima Metropolitana. El 71 % de los limeños, independientemente del género, la edad y el estrato social, creen que los trabajadores peruanos están poco o nada protegidos. En la misma línea de reflexión, es poco alentadora la imagen que la gente tiene de los empresarios peruanos: son poco innovadores (37%), piensan poco en el país (45%), son poco honestos (64%), respetan poco los derechos de los trabajadores (55%).

El rasgo más distintivo del capitalismo actual es, sin embargo, la capacidad que ha tenido para reestructurar el mundo del trabajo y, a través de él, del trabajo asalariado y la clase obrera. Esta ha sido fragmentada y dividida en una serie de situaciones: asalariados, servicios personales, servicios no personales, trabajadores por contrato a plazo fijo, *services*, etcétera. Lo que motiva esta fragmentación es probablemente la disminución de los costos laborales, por un lado, y el bloqueo de la acción colectiva de los trabajadores asalariados, por otro. En efecto, esta fragmentación desarticula los intereses comunes, diversifica los adversarios y los conflictos, rompe la comunicación y hace difícil, si no imposible, la construcción de plataformas comunes de acción colectiva. Todo esto se expresa en el debilitamiento —en la realidad social y política y en la conciencia de la gente— de los sindicatos como instrumentos de defensa de los derechos de los trabajadores.

La flexibilidad, mutación y persistencia que ha mostrado el sistema capitalista ha condicionado y modificado, a su vez, el hecho de ser de izquierda. La lucha contra el capitalismo y la apuesta socialista siguen en pie como programa de largo aliento. En la coyuntura actual, sin embargo, ser de izquierda significa luchar contra el capitalismo salvaje y sin derechos, para lograr, al menos, un capitalismo democrático con derechos. La lucha que se está dando hoy por una democratización del capitalismo está siendo guiada por aquella perspectiva futura en la que el sistema dominante es el socialismo.

La globalización y la crisis del Estado-nación

La globalización es un proceso contradictorio. Presenta una serie de ventajas, pero tiene también una serie de problemas. Contribuye a un mayor crecimiento económico, pero también reproduce las desigualdades a escala mundial. Es necesario diferenciar la internacionalización de la globalización como algo diferente de la mundialización. La internacionalización se produce con el desarrollo de capitalismo y se procesa a través de los Estados-nación. La globalización, en cambio, desborda el Estado-nación y canaliza otro tipo de relaciones al margen de él: individuos, empresas, ideas, corporaciones, sociedad civil. Con la globalización se ha venido abajo una premisa esencial de la modernidad: vivir y actuar en los espacios cerrados de los Estados-nación y sus respectivas sociedades nacionales. Todos los fenómenos, procesos y estructuras son entendidos dentro del marco del Estado-nación.

Una serie de fenómenos nuevos ha quebrado la soberanía nacional.¹⁴ El derecho internacional y la regulación internacional se han impuesto sobre las nuevas formas de regulación legal. La internacionalización del proceso de la toma de decisiones y la emergencia de un amplio tejido de regímenes y organismos internacionales para administrar áreas de las actividades transnacionales han vulnerado la soberanía nacional y han limitado la capacidad de negociación de los ciudadanos. Han emergido nuevos actores internacionales y se han intensificado las redes y los acontecimientos globales. Las grandes corporaciones han reorganizado el sistema económico mundial desde la perspectiva del mercado. El mundo ha pasado de la lógica de la guerra fría entre la OTAN y el Pacto de Varsovia (equilibrio del terror y participación militar directa de las grandes potencias en las áreas de influencia) a la posguerra fría: la distribución multipolar del poder político y económico. Las opciones de política exterior y estratégica se definen por la posición dentro de un sistema de Estados. La seguridad de los países depende de su pertenencia a bloques: junto a la OTAN, ha surgido el Consejo de Cooperación del Atlántico Norte (CCAN) y también la Unión Europea Occidental (UEO) para asuntos militares.

La globalización de la cultura ha generado la crisis de las identidades nacionales. El impacto globalizante de los medios de comunicación (la prensa, la radio y la TV) hace que los productos culturales pueden circular a través de todos los medios. Las particularidades culturales están mediadas por la comunicación global y regional: cosmopolitismo y localismo. Los individuos y grupos independizan su criterio y sus puntos de vista de las condiciones sociales en las que viven para asumir las de otras situaciones: se verifican, así, cambios en la «geografía situacional». Las nuevas comunicaciones abarcan la posibilidad de acciones internacionales (la sociedad civil internacional). Las nuevas redes de comunicación crean nuevas formas de identidad cultural y reavivan las viejas formas. En conclusión, el espacio cultural está siendo rearticulado por fuerzas sobre las cuales el Estado-nación tiene un poder limitado. La oposición entre la globalización y la identidad está formando nuestro mundo y nuestras vidas. La revolución de las tecnologías de la información y la reestructuración del capitalismo han producido la sociedad red, caracterizada por:

- a) La globalización económica;
- b) la organización en redes;
- c) la flexibilidad e inestabilidad del trabajo y su individualización;
- d) una cultura de la virtualidad gracias a medios de comunicación interconectados;
- e) La transformación de los cimientos materiales de la vida, el espacio y el tiempo.

La nueva forma de organización social se difunde por todo el mundo, como lo hicieron el capitalismo y el estatismo industriales en el siglo XX, afectando las instituciones, las culturas, las economías y las mentalidades. En el último cuarto de siglo, hemos sufrido *explosiones de identidad colectiva que desafían la globalización y el cosmopolitismo* en nombre de la singularidad cultural y del control colectivo de vidas y entornos.

- a) Son los movimientos reformadores proactivos (feminismo y ecologismo) y
- b) los movimientos reactivos en nombre de Dios, la nación, la etnia, la familia y la localidad, amenazados por las fuerzas tecnoeconómicas y los movimientos sociales transformadores.

Las dos tendencias opuestas cuestionan al Estado-nación soberano y representativo y su democracia política. Los nuevos medios de comunicación son usados por varios movimientos sociales (ecologistas, zapatistas), que responden con sus mismas armas a la globalización financiera e informativa. Los movimientos y las políticas sociales son resultado de la interacción de la globalización, la identidad y las instituciones estatales. La globalización tecnoeconómica está siendo desafiada y será transformada por muchas fuentes, según las culturas, historias y geografías. Los movimientos sociales son las acciones colectivas conscientes cuyo impacto, gane o pierda, transforma los valores e

instituciones de la sociedad. Analíticamente, no hay movimientos sociales «malos» o «buenos», todos son síntomas de quiénes somos y de los caminos de nuestra transformación, que puede llevar a muchos cielos, infiernos o infiernos celestiales. El cambio social suele tomar formas de fanatismo y violencia, no «positivas» para nosotros. Debemos entender el mundo en su pluralidad contradictoria para afrontarlo y superarlo.

Frente a la evidencia de una multiforme y poderosa globalización, frecuentemente surge la pregunta de qué es hoy el Estado, especialmente en los países periféricos. Según Guillermo O'Donnell, hay dos respuestas: una que ignora la globalización y sigue pensando el Estado como una entidad que circunscribe toda la vida política, económica y cultural de una nación.¹⁵ Esto, que nunca fue rigurosamente cierto, está cada vez más alejado de la realidad. Otra respuesta es la que afirma que el Estado ya no es más que una ficción, lo cual no autoriza a decretar la muerte del Estado-nación.

La presente discusión es relevante para los temas de la reforma del Estado. Las reformas institucionales y sus normativas no pueden ignorar los contextos nacionales y transnacionales en los que se llevan a cabo y dentro de los cuales se determina su efectividad. Hablar, por ejemplo, de democracia (y de su necesario corolario, ciudadanía), de los diversos poderes del sistema constitucional (incluso de los partidos políticos), de esquemas de integración, de los diversos aspectos que implica la reforma del Poder Judicial, de desarrollo local y regional, de la opinión pública y la vigencia de la ley, todo ello presupone hablar del Estado. Y hablar del Estado implica hacerlo desde cierta concepción de este, desde cierta visión del lugar que ocupa en la sociedad nacional y en sus relaciones con otros Estados y también con este mundo velozmente globalizado.

El Estado es una bisagra, es decir, un punto de separación y también de intermediación entre un «adentro» y «afuera», entre lo que ha sido una sociedad nacional y el mundo exterior a esa sociedad nacional. El Estado aspira a constituir, delimitar y representar esa sociedad nacional, no solo por medio de mapas, fronteras y embajadas, sino también de símbolos rituales y edificantes historias incansablemente contadas a través de las generaciones. Cuando el Estado convive con un régimen democrático, le otorga el componente de la ciudadanía. Ciudadanos son sujetos de derechos emanados de un Estado, conviven dentro de los límites territoriales y gozan del derecho a elegir y ser elegidos. No hay ciudadanía sin Estado, ni democracia sin ciudadanía, ni Estado y ciudadanía sin un territorio y una población claramente delimitados.

El Estado, según O'Donnell, sigue estando y debe seguir estando en una relación intrínsecamente contradictoria con el mercado. El Estado moderno, sobre todo cuando es democrático, debe ser también un Estado de Derecho. Hoy es claro que una efectiva

legalidad estatal y políticas gubernamentales propiciadoras de la vitalidad de los mercados son componentes necesarios del funcionamiento de los propios mercados. Hace falta un Estado que sea fuerte y no necesariamente grande, pero sí un Estado amplio, que abarque un vasto espectro de actividades, incluidos los complejos marcos regulatorios sin los cuales el funcionamiento de los mercados tiende a distorsionarse y producir severas externalidades. La efectividad de la ley está lejos de ser garantizada por la sola aplicación de su lado punitivo. Esa efectividad depende mucho más de patrones de educación y sociabilidad que valoran intrínsecamente dicha legalidad, de una ciudadanía que sea efectiva no solo en el acto de votar sino también en el conjunto de la vida social, y también de que cada uno sea tratado respetuosamente. Los amigos de los mercados deberían saberse también firmes amigos de la democracia. Es sumamente favorable al mercado defender un Estado fuerte.

El Estado tiene que contrarrestar los efectos del mercado en favor de los que no pueden soportarlos. Ningún Estado de países razonablemente dinámicos y exitosos ha dejado de contrarrestar el mercado a favor de los sectores débiles de su población. Es en esos países donde la democracia ha logrado raíces más duraderas y profundas con políticas agrarias que eliminan las desigualdades extremas y promueven la emergencia de una población rural. En nuestros países, estos pilares se han debilitado al compás de las crisis económicas y de las ideas cerradamente antiestatistas que han inspirado algunas de las políticas que apuntan a resolver dichas crisis. Los Estados han tenido que enfrentar la tarea, sumamente difícil pero necesaria, de fomentar el mercado, por un lado, y por el otro, controlarlo.

El eje central del argumento de O'Donnell ha sido el juego complejo y a veces contradictorio entre, por un lado, el inmenso dinamismo de la globalización y, por el otro, la necesidad de un Estado fuerte y amplio, asentado en una ciudadanía consciente y en una sociedad civil vigorosa, capaz de ser foco de lealtades de la población, de sostener un sistema legal justo y efectivo, de promover y a la vez domesticar las principales consecuencias socialmente dañinas de los mercados y de sustentar un régimen democrático.

O'Donnell piensa que el futuro de nuestros países depende, en gran medida, de la combinación de vigor y flexibilidad, alimentada de auténtica preocupación por el bien común, con que importantes segmentos de la población, incluidos muy especialmente sus segmentos dirigentes, acepten y a la vez domestiquen la globalización mediante Estados nación fortalecidos.

La democracia de alta intensidad

El otro punto de partida a partir del cual la izquierda debe continuar su lucha es el de la democracia. La izquierda tiene que apostar a un socialismo democrático en el que los ciudadanos participen activamente en la vida pública.

La democracia política, como gobierno de muchos, inevitablemente permanece en tensión con el sistema de desigualdad social. En una sociedad dividida en clases, los muchos tienen menos ingresos y riquezas, menos educación y menos honor que los pocos. Sobre todo, ellos tienen individualmente menos poder. La democracia, entonces, es un estado contradictorio de cosas, en el cual los muchos desfavorecidos por la fortuna tienen, como ciudadanos, una real voz en la toma de decisiones colectivas de la política.¹⁶

De esta tensión entre democracia y desigualdad social sale una primera condición mínima de democracia: la democracia es posible solamente si existe separación institucional fuerte —el término técnico es *diferenciación*— entre el sistema político y los otros sistemas de desigualdad social. Solamente entonces es concebible que aquellos que están en la base de la escala de poder, riqueza y participación cultural, configuren significativamente —por ellos mismos o a través de sus representantes— las decisiones colectivas a los cuales están obligados.

El conflicto entre la democracia y la desigualdad social no termina con la diferenciación de las instituciones del Estado respecto de las otras estructuras de poder, honor y riqueza en la sociedad. Poder y privilegio se soportan mutuamente aun si la esfera del Estado y el ejercicio del poder político formal están institucionalmente asentados en un sistema estrecho de desigualdad social.

En el extremo, existe la posibilidad —y no es una posibilidad teórica solamente— de que las instituciones democráticas sean nada más que una pretensión inefectiva, una farsa. La democracia toma un carácter real solamente si se basa en cambios significativos en la distribución total del poder. Donde esto ocurre, una crítica igualitaria quizás establezca la distancia entre la toma de decisiones actuales y un modelo ideal en el cual las acciones colectivas igualmente respondan a las preferencias de todos los ciudadanos.

Las democracias realmente existentes hoy día divergen sin excepción de tales modelos ideales. Primero, aun el gobierno de la mayoría —comúnmente visto como la encarnación de la democracia— viola, en el sentido literal, el principio de una igual respuesta de la acción del Estado a las preferencias de todos los ciudadanos. Las cosas decididas

por la mayoría son una herramienta de gobierno eficiente, un compromiso entre el consentimiento total y la necesidad para la acción decisiva. El ejercicio indirecto del poder legislativo por representantes electos es una segunda y más obvia limitación de la «democracia total». Tercero, en variantes pero siempre en grados sustanciales, las decisiones políticas importantes son hechas en todas las sociedades modernas por los aparatos administrativos estatales y por las cortes judiciales. Por eso, estas decisiones se escapan no solamente de las discusiones y decisiones democráticas, sino también del control democrático indirecto.

El concepto de democracia contiene, primero, elecciones regulares, libres e imparciales de representantes con sufragio igual y universal; segundo, responsabilidad del aparato estatal hacia el parlamento elegido (posiblemente complementada por la elección directa de la cabeza del Ejecutivo); y tercero, las libertades de expresión y asociación tanto como la protección a los derechos individuales contra las arbitrariedades de la acción estatal. La primera y la segunda de estas dimensiones, el sufragio universal y la responsabilidad del Estado, definen la esencia de la democracia. Si la participación es limitada a unos pocos (como en la primera mitad del siglo XIX en Inglaterra), el régimen quizás sea liberal porque los asuntos son abiertamente discutidos o porque las acciones del Estado están limitadas por sólidos derechos individuales, pero es un régimen oligárquico y no se puede hablar de democracia. Si el aparato estatal no se hace responsable, el sistema más inclusivo de sufragio y la mejor protección de los derechos civiles no son suficientes para crear un «gobierno del pueblo» en ningún sentido significativo. La tercera dimensión de derechos civiles no constituye por sí misma el ejercicio de poder democrático. Ella es, por un lado, una condición necesaria para la democracia estable y, por otro, una limitación del poder del Estado, sin la cual la libertad individual y colectiva no es segura. Estas tres dimensiones constituyen una cuestión de grado. Esto conduce a temas de clasificación de diferentes formas de régimen. Mientras las desviaciones menores de las tres dimensiones constituyen un régimen *democrático*, los regímenes que están rankeados cerca de cero en las primeras dos dimensiones pueden llamarse *regímenes autoritarios* y aquellos que tienen valores muy bajos en las tres son *regímenes totalitarios*.

La democratización fue rechazada y empujada hacia adelante por intereses de clase. Fueron las clases subordinadas las que lucharon por la democracia. En contraste, las clases que se beneficiaron por el statu quo casi sin excepción se resistieron a la democracia. La burguesía ganó su espacio de participación política en lucha contra la autocracia real y la oligarquía aristocrática, pero rara vez peleó por la inclusión de otras clases sociales.

Las clases sociales han sido una herramienta explicativa extremadamente poderosa en el análisis clásico de las ciencias sociales durante los últimos doscientos años. En su sentido amplio, la clase se refiere a la distribución desigual estructurada y acumulativa de los objetos deseados universalmente: de necesidades materiales de vida y otros recursos económicos, de respeto y honor, de poder e influencia. Dado este carácter de clase en su concepción amplia, es difícil imaginar cualquier análisis de las ciencias sociales en el que este concepto no ocupe un lugar central.

La clase es una categoría social determinada, en el extremo, por el observador y analista. Es una categoría para analizar la estructura del conflicto de intereses. Esta concepción objetiva de clase debe ser complementada por un análisis de la mentalidad subjetiva, ideas y disposiciones encontradas entre los miembros de una clase e, igualmente importante, por un análisis de las condiciones de organización y acción colectiva que están en la base de una posición de clase. Ni la conciencia de clase ni la organización de clase ni la acción colectiva se siguen, por necesidad, de la posición de clase. Esto significa que no todas las clases son actores colectivos en la historia. También significa que los intereses perseguidos por las organizaciones que actúan en nombre de una clase no constituyen necesariamente «el» interés de la clase.

Es necesario distinguir tres niveles de análisis de clase:

- a) La estructura de clase asentada en la producción y modificada por patrones de movilidad e interacción.
- b) Las ideas y actitudes de los miembros de una clase.
- c) La determinación y propósito de metas colectivas a través de acciones organizadas en nombre de una clase.

Estos niveles están interrelacionados, pero no se pueden derivar ideas típicas y puntos de vista, o la existencia y las metas de la organización colectiva, de la estructura de clases en cualquier interpretación teleológica.

Uno de los mayores factores que configuran la construcción social de intereses de clase es el proceso de organización en sí mismo. La organización es el principal significado del empoderamiento de los muchos. Al mismo tiempo, la organización es inherentemente ambigua en sus consecuencias. Solamente a través de la organización puede la desventaja de los muchos desarrollar concepciones de cambio estructural para alterar fundamentalmente su situación. Ni el socialismo ni alguna otra orientación ideológica surgen espontáneamente fuera de las condiciones de vida de la clase trabajadora.

Las indeterminaciones y ambigüedades de la acción colectiva no son, por supuesto, la única fuente de resultados diferentes en la construcción social de los intereses de clase. Las mentalidades, puntos de vista, inclinaciones ideológicas de los miembros de una clase no son irrelevantes para el carácter de las organizaciones de la clase y para su curso de acción. Las ideas y las inclinaciones de los miembros de la clase son influenciadas también por una variedad de factores. Estos están relacionados con su lugar en una estructura particular de clases y con sus chances de movilidad dentro de esta estructura, pero también están configurados por patrones geográficos, tradiciones culturales y por la estructura de la política y la acción del Estado. Finalmente, el curso de la acción de clase colectiva organizada está frecuentemente constreñido por elecciones y decisiones pasadas. Las acciones y estructuras organizacionales del pasado determinan en gran medida el futuro inmediato.

La línea de base para el análisis de la relación entre clase y democracia es simple: aquellos que ganan en virtud de la democracia van a ser sus más fervientes promotores y defensores, mientras que aquellos que tienen más que perder, la rechazarán y estarán dispuestos a volver a una situación anterior cuando la ocasión se lo presente. Esta proposición básica tiene sus implicaciones menos obvias: niega a la burguesía el rol decisivo en la lucha por la democracia, que le ha sido atribuida por historiadores marxistas y liberales. Los dueños del capital fueron un factor significativo de control sobre las decisiones políticas de la aristocracia y la corona; eso usualmente tomó la forma de oligarquía liberal, al menos en muchos casos en los cuales la burguesía incluía a la clase trabajadora en el sistema político.

La democracia y el capitalismo se acompañan tanto para el liberalismo como para el marxismo, aunque ambos lo hacen desde perspectivas diferentes. Mientras Mill y Tocqueville tuvieron miedo a la falsa democracia y a la *dictadura de la mayoría* que se desarrolla en la sociedad moderna, Marx vio en el sufragio universal un paso importante en el tránsito al socialismo. *La dictadura de la mayoría y la dictadura del proletariado se acercan*, según Marx.

Pero el siglo XX ofrece *desarrollos capitalistas sin democracia*. Es el caso de las revoluciones desde arriba que desembocan en los totalitarismos, de Barrington Moore,¹⁷ y el de los tigres asiáticos. La democracia es *extremadamente rara en las sociedades agrarias salvo que las élites agrarias se abran al comercio y liberen a los campesinos* (Barrington Moore).

Las investigaciones empíricas que buscaron resolver la interrogante sobre las condiciones económicas y sociales que hacen posible y probable la democracia se han desarrollado en dos pequeñas oleadas:

- a) *Luego de la segunda guerra mundial y de la derrota del fascismo y del nazismo surgió el interrogante sobre las condiciones sociales de la democracia, que, en un primer momento, se impuso como una medida política a los países derrotados. En la década de 1960 se avanzó con investigaciones vigorosas como las de Barrington Moore Jr. y las de Seymour M. Lipset.*
- b) *La emergencia de los regímenes autoritarios en los países del Cono Sur estimuló una nueva oleada de investigaciones sobre la democracia. La democratización de la década de 1980 reactivó esa misma oleada de investigación. Allí están los trabajos de Collier, O'Donnell y Cardoso.*

La democratización representa, primero y antes que nada, un incremento de la igualdad política. Esta idea se cimienta en la proposición central que sigue: «Son las relaciones de poder las que determinan si la democracia puede emerger, estabilizarse y mantenerse aun en condiciones adversas». Hay tres elementos básicos que se deben considerar:

- a) Un balance de poder entre las diferentes clases y coaliciones de clase. Este es el factor decisivo.
- b) La estructura, la fuerza y la autonomía de los aparatos del Estado y sus relaciones con la sociedad civil.
- c) El impacto de las relaciones de poder transnacional sobre ambos (el balance de poder de clases y las relaciones Estado-sociedad).

Es necesario considerar *dos ejes básicos* del análisis:

- a) Un eje central es *qué beneficios y pérdidas podrían esperar las clases sociales de las extensiones de la inclusión política.*
- b) Otro eje es *la capacidad de la clase para organizarse ella misma y comprometer a otras en la acción colectiva en defensa de sus intereses de clase.* Siguiendo a Barrington Moore, se puede formular la hipótesis según la cual los grandes terratenientes comprometidos con la agricultura basada en la labor represiva podrían ser los más implacables opositores a la democracia.

En un caso histórico dado, *es necesario analizar la estructura de la coalición de clases sociales, así como el poder relativo* de las diferentes clases, para entender cómo el balance del poder de clase puede afectar las posibilidades de la democracia. El desarrollo del poder de clase está íntimamente vinculado al desarrollo de la sociedad civil. La densidad de esta es un contrapeso al poder del Estado. *El conjunto de estructuras del Estado y sus relaciones con otras concentraciones del poder son el segundo componente de las condiciones sobre la suerte de la democracia. Un tercer componente está constituido por las relaciones transnacionales de poder.* La cuestión de *la autonomía de los Estados* y la incidencia de otros en el balance de poder afecta también las condiciones de la democracia.

He aquí un breve resumen de los hallazgos de las investigaciones sobre las clases sociales y la democracia:

- a) Las clases trabajadoras fueron más pro inclusión pero menos pro constitución.
- b) Las clases altas rurales fueron las más consistentemente antidemocráticas.
- c) La burguesía fue pro constitución pero antiinclusión de las clases populares.
- d) Las clases medias fueron ambiguas en la instalación y consolidación de la democracia.
- e) Los campesinos y los trabajadores rurales jugaron roles variados dependiendo de su organización autónoma y de su influencia sobre las clases altas.

Se encontró una variación sistemática a través de las regiones y períodos de tiempo en el rol del Estado. *La consolidación del Estado fue un requisito esencial para la democracia.* El proceso fue más difícil en América Latina que en otros lugares y eso contribuyó a una mayor demora de la institucionalización. *El Estado ha sido más fuerte que la sociedad civil en América Latina que en otros países. Eso tiene que ver con la debilidad y la heterogeneidad de las clases dominantes, con la historia de la formación del Estado y con el soporte externo a los militares en el período posterior a la segunda guerra mundial.*

Nun plantea que si bien existe una convención básica de considerar a la democracia como el «poder estatal que tiene como fundamento último el consentimiento libremente expresado de todos los ciudadanos», es posible hacer dos distinciones básicas: entenderla como la idea, la noción mínima expuesta, y hacerlo en referencia a sus *manifestaciones históricas concretas*.¹⁸ Asimismo, es posible diferenciar dos grandes interpretaciones respecto a la participación popular: una primera, entendida como expresión efectiva de la voluntad general —gobierno del pueblo— y la otra, entendida como el soporte del gobierno de los políticos. Atenas es un buen ejemplo del primer caso, Esparta del segundo.

Contemporáneamente, son dos los autores que han propuesto un modelo democrático siguiendo estos dos parámetros: Schumpeter y Marshall. Schumpeter juzga a la democracia como un método político, un procedimiento, y no como un fin en sí mismo. Sostiene que, en realidad, quienes gobiernan son los políticos y que el único elemento verdaderamente democrático resulta siendo la competencia electoral, en la cual los partidos políticos someten cada cierto tiempo sus acciones al veredicto de las urnas. En este modelo, la participación ciudadana resulta claramente secundaria.

Pero, además de esto, Schumpeter también se preocupó en señalar las condiciones en las cuales era posible un desarrollo democrático, indicando que solo en las sociedades modernizadas, social y económicamente, la democracia era posible. Además, su éxito

solo resultaba viable si se tenían en consideración cuatro factores: primero, la calidad de la dirigencia política; segundo, el excluir del campo de las decisiones políticas los asuntos económicos; tercero, contar con un burocracia bien capacitada; y, por último, una «autodisciplina democrática», que, entre otras cosas, limitará la crítica excesiva hacia los políticos, además de una cultura de tolerancia y compromiso.

Marshall, reconocido por sus investigaciones sobre la ciudadanía y su carácter multi-dimensional (civil, política y social), planteaba que hay dos tipos de socialismo: el revolucionario y anticapitalista, al que denominó *socialismo A*, y el que se abría a la posibilidad de planear correcciones al sistema, dando un especial énfasis a la política social, que denominó *socialismo B*. Si bien no trato directamente el tema de la democracia, de sus análisis del proceso de expansión de la ciudadanía puede desprenderse una preocupación por la participación y la igualdad; es decir, una noción de la democracia como el autogobierno del pueblo.

A pesar de las diferencias en cuanto a la noción de democracia que manejaban ambos autores, estos coinciden en señalar que no es posible mantener un régimen democrático si es que antes no se aseguran las condiciones materiales que lo sustenten. Nun enfatiza, más aún, que el bienestar colectivo no solo aparece como condición para el ejercicio de la ciudadanía sino también para la legitimidad del Estado.

Es más, retomando el debate sobre la idea y las manifestaciones concretas de la democracia, Nun se adelanta a afirmar que lo que en verdad ha existido son liberalismos que se han ido democratizando con el tiempo, sobre todo a través de la incorporación del sufragio universal. En realidad, nos encontraríamos frente a «liberalismos democráticos, en los cuales son escasas las expresiones concretas de la idea de una comunidad que se autogobierna pese a que ella funciona como su mayor encanto ideológico».

En realidad, la democracia procedimentalista-representativa-de los políticos funcionó muy bien porque nunca se llegó a abandonar del todo la idea de gobierno del pueblo. Esto no significa que no haya existido una relación tensa entre capitalismo y democracia. Y es justamente la solución a este problema lo que ha permitido el desarrollo de esta última.

A la pregunta sobre por qué funciono la democracia en los países avanzados, el autor sostiene que esto se logró gracias a un compromiso político que tomó concreción en el Estado de bienestar. Así también, en aquellos países de la posguerra en los que no existían antecedentes de regímenes democráticos, gran parte del éxito de su implantación se debió justamente a la prosperidad material que se produjo en simultáneo con el plan

de recuperación económica; es decir, el compromiso consistió en establecer y mantener una sociedad salarial que garantizara niveles de bienestar en gran parte de la ciudadanía.

¿Cómo se llegó al compromiso? Lipset fue uno de los primeros que investigó la relación positiva que existía entre desarrollo económico y democracia. Concluyó que 1) a medida que la economía va creciendo, las expectativas de la población lo hacen de igual manera, pero esta vez las posibilidades de las elites para poder satisfacer estas expectativas están garantizadas gracias a la prosperidad material; 2) se presenta un clima de moderación, por la extensión de la clase media, que acabaría siendo la garante principal de la institucionalización y de la estabilidad de la democracia.

Sin embargo, algunos críticos han sostenido que, en realidad, serían las clases obreras las principales fuerzas pro democráticas, y no la clase media, que más bien habría jugado un rol ambiguo en el sustento de la democracia, de acuerdo con sus intereses.

En todo caso, las relaciones tensas entre el capitalismo y la democracia resultan de vital importancia, puesto que el desarrollo del primero va debilitando la sociedad tradicional, dando paso al crecimiento de fracciones insubordinadas, de las cuales surgirán después las presiones democratizadoras.

No obstante, el autor también constata que la burguesía nunca fue espontáneamente un agente central de la democratización; cuando mucho, al verse obligado a ello, procuró preservar su dominación dando curso a algunas de las presiones y demandas que habitualmente surgieron desde abajo, activadas por los trabajadores y sus organizaciones sindicales y políticas.

¿Por qué han sido tan determinantes el compromiso político y la extensión de los derechos sociales a los que dio lugar el Estado de Bienestar? Por tres razones:

- a) Debido al carácter sistémico de los derechos de ciudadanía. Se refiere a la existencia de relaciones de implicación mutua entre los derechos sociales, políticos y civiles. Si estos presentaran un desarrollo desigual, no sería posible hablar de ciudadanía plena. Fue el Estado de Bienestar el que extendió al máximo la ciudadanía (respetando su naturaleza sistémica), sentando las condiciones para un compromiso político democrático.
- b) La necesidad de una legitimación sustantiva del orden político. En los dos últimos siglos, el Estado moderno ha sido mucho más que una construcción jurídica llamada a garantizar el monopolio de la violencia legítima sobre un territorio dado y, de este modo, la soberanía. Se ha presentado, a la vez, como el portador de proyectos colectivos que, sobre todo en contextos democráticos, se constituyeron en

claves de la integración social. Así, más allá de la legitimidad formal (reconocimiento de una autoridad), la legitimidad sustantiva se refiere al reconocimiento de si el Estado cumple o no, o se acerca a cumplir, los objetivos que invoca como propios (que en la etapa de la posguerra era la sociedad salarial).

- c) Libertad positiva y preferencias. Frente a la libertad negativa, el Estado de bienestar propuso levantar la libertad positiva, entendida como la posibilidad de autorrealización, como control sobre la propia vida. «Todo compromiso con la libertad implica también un compromiso con estas precondiciones», señala Nun.

En América Latina, la democracia que resultó «viable» fue la democracia de los políticos, no sin antes negociar una separación tajante entre economía y política. El problema es que cada día esta democracia se está volviendo menos atractiva para amplios sectores de la población, separándose cada vez más los políticos de los votantes. Si alguna vez Huntington mostró preocupación por los peligros de una excesiva participación del pueblo en la política, en estos momentos —según Nun— se presentan problemas contrarios: una pérdida creciente de confianza en un régimen cuasi representativo en el que más peso tienen los grupos de interés que los ciudadanos.

Para alcanzar el éxito, o bien hay que cambiar las condiciones, o hay que cambiar el mecanismo democrático. Weffort ya sostenía su apuesta por un experimento democrático, apuesta que también comparte Nun («labrar un camino rebelde de desarrollo nacional y rehacer la forma institucional del mercado y la democracia»). Sin embargo, modificar el mecanismo lleva de inmediato a ocuparse de las condiciones, porque la democracia no puede ser un mero procedimiento.

En este contexto, es posible constatar que la debilidad de los procesos de institucionalización democrática no solo se ha debido a la falta de una sistematicidad de los derechos de ciudadanía, que se traducen en una ciudadanía semiplena, sino también a la inexistencia —salvo excepciones— de liberalismos firmemente institucionalizados que luego se democratizaran; a todo esto, las fallas liberales se han visto agravadas por niveles excesivos de desigualdad y exclusión.

Ante todo esto, Nun se pregunta cuáles serían los grados de exclusión total o parcial que una sociedad democrática estaría dispuesta a tolerar. ¿Quiénes fijan tales límites? Y es aquí cuando el autor resalta que justamente el «trazar el límite» de lo que se considera aceptable es uno de los objetivos principales de la lucha política.

En América Latina, los procesos de democratización estuvieron y están acompañados por un crecimiento crítico de tres fenómenos: desigualdad, pobreza y polarización. Más

aún, en la última década, el auge del neoliberalismo y las estrategias de globalización han conducido a un fuerte aumento de dichos fenómenos. Resulta paradójico, pues, que cuando las democracias capitalistas le han ganado la partida al comunismo, se inicie su propio desencantamiento.


En los países desarrollados, la experiencia histórica demostró que las grandes inequidades que causa el capitalismo se corrigieron aplicando sistemas universales de protección (agregándoseles, en muchos casos, políticas de discriminación positiva). Sin embargo, en América Latina no ocurre lo mismo, dado que con el achicamiento del Estado, el volumen de los recursos disponibles para las políticas sociales es demasiado bajo como para que un modelo universal logre impedir la profundización de las brechas sociales. Por esa razón, las políticas de focalización han sido especialmente empleadas, buscando sobre todo evitar desbordes peligrosos y arrastrando, por lo tanto, el problema fundamental: las inequidades que genera el capitalismo y que un Estado reducido no es capaz de resolver.

En América Latina, hace más de dos décadas, se han vuelto dominantes concepciones que poco contribuyen a que este compromiso se concrete. Predominan:

- a) En lo económico, siguiendo a Marshall, se han esforzado por corregir las deficiencias de la economía neoliberal, cuando lo que corresponde es hacer prioritario lo real, y no seguir dogmáticamente la teoría.
- b) En lo político, se usó a Schumpeter para no discutir la idea de la democracia, que era lo urgente (en una época donde imperaban las dictaduras), aceptando a la «democracia» tal como era.

En este sentido, la propuesta de Nun consiste en apelar decididamente a la idea de la democracia como autogobierno colectivo para corregir la alarmante imperfección de las que se autotitulan como sus manifestaciones concretas. Es imprescindible recuperar esa perdida visión de la democracia como gobierno del pueblo, tanto para protegerla de las asechanzas del populismo como para fomentar un activo debate público acerca del alcance y de los límites del gobierno de los políticos.

A partir de lo anterior, Nun llama la atención sobre lo peligroso que es el que los intelectuales hayan soslayado este debate. Además, señala que una de las ideas que debe abandonarse es la de que puede existir una división efectiva (y provechosa) entre la economía y la política, la cual sirve hoy a los poderosos de la economía para subordinar la política a sus intereses. Esto implica revisar supuestos culturales tan difundidos como el que lleva a referirse, con argumentos teóricos muy frágiles, a lo pernicioso de la intervención del Estado en la economía.



El debate de la democracia y su relación con la economía no puede quedar en manos de los llamados «expertos» so pretexto de despolitizarlo, porque hoy es el más político de todos los asuntos. A los expertos les corresponde aportar al debate público datos y escenarios probables, pero quien tiene que decidir es la comunidad en su conjunto.

Es necesario que la agenda pública incorpore con urgencia temas que movilicen a la población y a sus múltiples organizaciones en torno a asuntos que toquen a la ciudadanía común (estabilidad laboral, etcétera), luchando contra la hegemonía del pensamiento único y poniendo al descubierto tanto la debilidad de sus fundamentos teóricos como los sectores sociales específicos a los que beneficia.

Nun aclara que su argumento no constituye un denuesto de los políticos sino una crítica de los modos en que tienden a operar y de las características que ha asumido la representación. Hace falta que la viabilidad democrática se vuelva atractiva para las mayorías, y la única manera de lograrlo es apostando fuerte por una democracia de alta intensidad que sea capaz de resolver los problemas de la gente, pero, sobre todo, que establezca condiciones de bienestar que puedan dar paso a una ciudadanía plena.

Notas

- ¹ Elster, Jon. *Una introducción a Karl Marx*. Madrid: Siglo XXI, 1991.
- ² Offe, Claus. *La gestión política*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992.
- ³ Marx, Carlos. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.
- ⁴ Elster, Jon. *Making Sense of Marx*. Cambridge-París: Cambridge University Press-Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1985.
- ⁵ Elster, Jon. *Una introducción a Karl Marx*.
- ⁶ Roemer, John (ed.). *Analytical Marxism*. Cambridge-París: Cambridge University Press-Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1986.
- ⁷ Wright, Erik Olin. «Marxismo e individualismo metodológico». En Edelberto Torres Rivas (comp.). *Política, teoría y métodos*. San José: Educa, 1990.
- ⁸ En el mayor número de casos, los individuos son vistos como representantes de clases sociales de las que dependen en su ideología, sus proyectos, sus iniciativas y sus conflictos. En otros casos —los más notables son Luis Bonaparte (entre 1848 y 1851) y Espartero en la revolución de España (1854)—, los actores aparecen como condensaciones de situaciones sociopolíticas peculiares: de un equilibrio catastrófico de fuerzas que permite la aparición del bonapartismo y de un punto muerto de la historia que se expresa en Espartero. En este mismo sentido, habla de los *Changarnier*, dictadorcillos que aparecen en situaciones contrarrevolucionarias.
- ⁹ Wright. *Ob. cit.*, p. 206.
- ¹⁰ Wright. *Ob. cit.*, pp. 208-209.
- ¹¹ Wright. *Ob. cit.*, p. 209.
- ¹² Wright. *Ob. cit.*, pp. 210-211.
- ¹³ Wright. *Ob. cit.*, p. 213.
- ¹⁴ Held, David. *Modelos de democracia*. México: Alianza Editorial, 1987. Véase también, del mismo autor, *La democracia y el orden global*. Buenos Aires: Paidós, 1997.
- ¹⁵ Guillermo O'Donnell. «El impacto de la globalización económica en las estrategias de reforma institucional y normativa». En Fernando Carrillo Flórez (ed.). *Democracia en déficit*. Banco Interamericano de Desarrollo, 2001.
- ¹⁶ Rueschemeyer, Dietrich, Evelyne S. Huber y John Stephens. *Capitalist Development and Democracy*. Chicago: University of Chicago Press, 1992, cap. 3.
- ¹⁷ Moore, Barrington. *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno*. Barcelona: Península, 1973.
- ¹⁸ Nun, José. *Democracia, ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.

Bibliografía

- Elster, Jon. *Una introducción a Karl Marx*. Madrid: Siglo XXI, 1991.
- _____. *Making Sense of Marx*. Cambridge-París: Cambridge University Press-Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1985.
- Held, David. *Modelos de democracia*. México: Alianza Editorial, 1987.
- _____. *La democracia y el orden global*. Buenos Aires: Paidós, 1997.
- Marx, Carlos. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. En Carlos Marx y Federico Engels. Obras escogidas. Moscú: Progreso, 1981, tomo I, pp. 404-498.
- Fuente: C. Marx y F. Engels, Obras escogidas en tres tomos, Editorial Progreso, Moscú 1981, Tomo I, páginas 404 a 498.
- Moore, Barrington. *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno*. Barcelona: Península, 1973.
- Nun, José. *Democracia, ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- O'Donnell, Guillermo. «El impacto de la globalización económica en las estrategias de reforma institucional y normativa». En Fernando Carrillo Flórez (ed.). *Democracia en déficit*. Banco Interamericano de Desarrollo, 2001.
- Offe, Claus. *La gestión política*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992.
- Roemer, John (ed.). *Analytical Marxism*. Cambridge-París: Cambridge University Press-Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1986.
- Rueschemeyer, Dietrich, Evelyne S. Huber y John Stephens. *Capitalist Development and Democracy*. Chicago: University of Chicago Press, 1992.
- Wright, Erik Olin. «Marxismo e individualismo metodológico». En Edelberto Torres Rivas (comp.). *Política, teoría y métodos*. San José: Educa, 1990.

Entre mayo y junio de 2008, el Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral (IDEA Internacional) organizó un seminario en el que se trató de recuperar para la agenda política peruana algunas de las principales líneas de pensamiento que han alimentado y avivado la política del país durante el siglo XX: el pensamiento social cristiano, los socialismos, los nacionalismos, el pensamiento de Haya de la Torre, el pensamiento de Fernando Belaúnde Terry, perspectivas descentralistas, el liberalismo e ideas políticas frente a los retos del siglo XXI.

La presente separata contiene las ponencias que representaron al pensamiento socialista en dicha oportunidad: Rolando Breña Pantoja, Pablo Checa Ledesma, Marisa Glave Remy y Sinesio López Jiménez.

Con la publicación de estas reflexiones, aspiramos darles difusión entre los militantes de los partidos así como entre los ciudadanos en general, porque consideramos que el pensamiento político, las ideas, son valores indispensables para la vida democrática de calidad.

International IDEA

El Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral (IDEA Internacional) es una organización intergubernamental con 25 países miembros. Trabaja apoyando a las instituciones y procesos democráticos en el mundo entero, proporcionando recursos para el fortalecimiento de capacidades, desarrollando propuestas de política y apoyando a las reformas democráticas. Las áreas principales de experiencia del Instituto son los procesos electorales, los sistemas de partidos políticos, los procesos constitucionales, y el género y la democracia.

IDEA Internacional
Strömsborg
SE-103 34 Estocolmo
Suecia
Tel: +46 8 698 37 00
Fax: +46 8 20 24 22
info@idea.int
www.idea.int

Con el auspicio de:



ISBN: 978-91-85724-83-3